

HISTORIA DE UNA  
CAPINERA

---

G . V E R G A



## PROEMIO

Giovanni Verga, autor de la Historia de una Capinera, nació en Catania (Sicilia), en el año 1840.

Fecundo es el fruto de la cosecha literaria de su preclara y penetrante inteligencia: numerosas novelas y otras obras destinadas al teatro, cimientan su bien sentada fama. Entre estas últimas cuéntase la titulada Cavalleria Rusticana, que agitará el estro de Pietro Mascagni, y tanta resonancia tuvo en el mundo del arte.

Considerada bajo su faz literaria, la selecta obrita que hoy presentamos a nuestros lectores, sí no constituye ésta su principal mérito, no obstante apreciarse como una filigrana artística, ofrece en cambio un elemento más de observación al psicólogo y al sociólogo, preocupados constantemente, en develar los recónditos misterios que oculta el alma

femenina. Revélase en ella el distinguido escritor italiano, un pensador.

Crea, con su María, un tipo de mujer ideal.

¡Miradla! Ahí está la interesante joven siciliana, en quien, contrariándola en sus tendencias, infrinquieran las leyes que regulan la naturaleza humana, que deben ser siempre inviolables; ahí la protagonista del trágico romance, adornada de flores exóticas, que acaso desnaturalicen sus nativas galas, y en cuyos pétalos titilan todavía algunas lágrimas arrancadas al sentimiento.

Malgrado estas licencias, hemos procurado, en lo posible, ajustarnos al original en su versión al castellano, hecha por vez primera y tomada de la decimonona edición milanesa.

J. N. L.

Vi una vez enjaulada una, pobre capinera: triste, medrosa, enferma. Mirónos abriendo sus ojos espantados, arrinconada en un ángulo de su estrecha prisión. Y cuando oía, el alegre canto de los otros pajarillos, que gorjeaban en el verde prado o remontábanse hacia el cielo, seguía los con la vista, que bien se hubiera, podido imaginársela empapada en lágrimas. Empero, a la mísera prisionera abatida, nada le sugirió su instinto que pudiera librarla del débil muro que la tenía encarcelada. Prodigábanle cariños sus cuidadores: cándidas criaturas regocijadas, que sin comprender la pena de su cautiverio, dábanle en cambio un puñado de migajas de pan, a que acompañaban ingenuas palabras de afecto. La pobre capinera se mostraba, resignada con su suerte; ¡infeliz! Llena de mansedumbre, aun en su dolor, parecía, exenta de, todo sentimiento de reproche, picoteando el mijo y las migajas; pues su extrema

debilidad no le permitía más. Dos días después, en su prisión, doblada la cabecita bajo el ala, encontrósela consumida.

Estaba muerta ¡pobre capinera! Hallábase su escudilla colmada de comida. Aquel cuerpecito, aniquilado de hambre y de sed, no se nutría de alimentos solamente.

Cuando la madre de los dos pequeñuelos, inocentes despiadados verdugos de la pobre avecilla, me narrara la historia de una desventurada, a la que los muros del claustro habían aprisionado el cuerpo, y la superstición y el amor torturado el espíritu: uno de aquellos dramas íntimos frecuentes en la vida, que pasan velados por el misterio, cuita de un corazón tierno, delicado, que amó, lloró y rogó, ocultando sus lágrimas y sus plegarias, y que por último, envuelto en su dolor, se consumió, yo pensé en la, dulce capinera cautiva, que contemplaba, silenciosa el firmamento azulado a través de los alambres de su jaula, picoteando tristemente el mijo; muerta, doblada la cabecita bajo el ala.

He ahí el por qué del título:

Historia de una capinera

Florenca, en el estío de 1809

## HISTORIA DE UNA CAPINERA <sup>(1)</sup>

Monte Ilice, 3 de septiembre de 1854.

Mi querida Mariana:

Cumplo la promesa que te hiciera, de escribirte. Veinte días hace que estoy aquí, corriendo por los campos, sola, completamente sola, ¿comprendes? Desde el despuntar del alba hasta la noche, sentada bajo estos inmensos castaños, escuchando el canto de los alegres pajaritos que saltan de contento como yo, agradecidos al buen Dios, no he dispuesto de un instante, un pequeño instante, en que pudiera decirte que te quiero, cien veces más ahora que me encuentro lejos de ti, que no te tengo a mi lado a cada hora del día, como allá en el convento. Qué feliz sería, si

---

<sup>(1)</sup> Capinera, avecilla común en el Sur de Italia. Entre nosotros conocida vulgarmente por cabecita negra.- (N. del T.)

estuvieras conmigo, para poder juntas coger florecillas, perseguir mariposas, fantasear a la sombra de los árboles, cuando el sol cae más a plomo; pasear entrelazadas en estas bellas noches, a la luz de la luna, sin oír otros rumores que el zumbido de los insectos, que me parecen melodiosos, porque me recuerdan mi permanencia en el campo, en pleno aire libre; y el canto de aquella ave melancólica, cuyo nombre ignoro, pero que en la noche hace asomar a mis ojos lágrimas dulcísimas, oyéndola desde mi ventana. ¡Cuán bella es la campiña, Mariana mía! ¡Si te hallaras aquí conmigo! ¡Si pudieras ver estos montes a la claridad de la luna, o al rayar el día; la sombra del bosque, las verdes viñas escondidas en el valle, que circundan la casita; aquél mar cerúleo, inmenso, que brilla allá abajo, lejos, muy lejos; y todos aquellos pueblecitos que se divisan sobre la falda de la montaña, que, no obstante ser grandes, parecen pequeños, comparados a la majestad del viejo Mongibello! ¡Qué bello de cerca, nuestro Etna! Desde la terraza del convento semeja un gran monte aislado, cubierta la cima de eternas nieves; cuento las cumbres de esos picachos erizados que le rodean en su contorno; distingo su profundo valle, sus laderas boscosas, su altura soberbia, desde la cuál la



nieve, derramándose por los barrancos, dibuja caprichosos surcos oscuros.

¡Todo es bello aquí: el aire, la luz, el cielo, los árboles, los montes, los valles, el mar! Si expreso mi gratitud al Señor es por tantas maravillas, una palabra, una lágrima, una mirada, me bastan, sola en medio del campo, de hinojos sobre el musgo del bosque o sentada sobre la hierba. Creí siempre que el bondadoso Dios se sentiría más satisfecho elevando mi alma a Él, y que mi pensamiento, lejos de la obscura bóveda del coro, errara libre por la sombra majestuosa del bosque, por la inmensidad del cielo y el horizonte. Nos llaman las elegidas, destinadas como estamos a ser las desposadas del Señor: pero el buen Dios ¿no ha hecho acaso extensivas a todas sus bellas obras? ¿Y por qué tan sólo nosotras renunciaremos a ellas?

¡Cuán feliz soy, Dios mío! ¿Te acuerdas de Rosalía, la cuál quería probarnos que el mundo ofrecía más atractivos fuera del convento? No podíamos persuadirnos, ¿recuerdas? ¡Y le hacíamos burla! Si no hubiese salido de él, habría podido creer que ella tuviera razón. El nuestro era, en verdad, muy reducido: el altarcito, aquellas escasas flores que languidecen en el vaso privadas de aire; la terraza, desde la

cual se veían los innúmeros tejados; y a lo lejos, como en una linterna mágica, la campiña, el mar, y otras bellezas de la creación; el diminuto jardín que nos permitía distinguir los nuevos claustrales más allá de los árboles, cuya extensión se salvaba en cien pasos, y en donde por una hora éranos permitido pasear bajo la vigilancia de la directora, pero sin poder correr, ni recrearnos... ¡y he ahí todo!

Y después, mira... ¡yo no sé si hacíamos bien en no pensar un poco más en nuestras familias! ¡Yo soy la más desgraciada de las educandas, por haber perdido a mi madre!... Pero ahora siento que amo a mi padre mucho más que a la madre directora, que a mis hermanas y que a mi confesor; siento que amo con más confianza, mayor ternura, a mi querido padre, si bien es cierto, puede decirse, no lo conocía íntimamente hasta hace veinte días. Cuando mi desdichada madre me dejó sola, tú lo sabes, ¡contando apenas siete años, fui encerrada en el convento! Dijéronme que me daban otra familia, otra madre que me querría bien... Verdad, sí... Pero el amor que profesó a mi padre, me hace comprender cuán intenso habría sido el afecto a la pobre madre mía.

¡Tú no puedes imaginarte lo que dentro de mí experimento, cuando mi adorado padre me da, los

buenos días y me abraza! Nadie lo hizo allí con igual efusión; ¡tú no lo ignoras, Mariana!... «el reglamento lo vedaba...» No juzgo mal, sin embargo, verme amada así...

Mi madrastra, una excelente señora, no se ocupa más que, de Judít y de Luis, dejándome a mi albedrío correr por entre, las viñas. ¡Dios mío! si me prohibiese saltar por los campos, cual lo hace con sus hijos so pretexto de evitarles el peligro de una caída o los rigores del sol, sería muy desgraciada! Pero acaso sea más buena y más indulgente, conmigo, sabiendo que no podré disfrutar de diversiones por largo tiempo, visto que en breve volveré a mi antigua reclusión, entre los cuatro muros...

Mientras tanto, eludamos pensar en cosas tan ingratas. Alegre y feliz, me asombran aquellas gentes miedosas que maldicen del cólera... ¡Cólera bendito que me permites permanecer en el campo! ¡Ojalá durases siquiera, el año entero!

¡Oh, no; blasfemo! Perdóname, Mariana. ¡Quién sabe cuántos desgraciados lloran, mientras yo río y me divierto!...¡Dios mío! ¡Cuán execrable sería, si cifrara mi felicidad en el sufrimiento de la humanidad que padece! No me llames cruel; humildemente sólo aspiro merecer, rehusando privilegios, disfrutar

de las bendiciones que el Señor dispensa a todos los humanos por igual: ¡el aire, la luz, la, libertad!

¡Mira, qué triste se ha tornado mi carta, sin que yo lo notara! No te burles de mí, Mariana. Pasa de largo ante este período, en el cual trazo una cruz, así... En recompensa, te hablaré de nuestra risueña casa.

¡Pobrecita, no has estado nunca en Monte Ilice! ¿Qué idea tuvieron vuestros mayores al ir a sepultarse en Mascaluccia? ¡Una aldea!... ¡Aglomeración de casas, calles, iglesias!... Tan visto, todo eso. Preciso es que, vengas a conocer estos parajes, las montañas, en que para ir a la habitación más próxima, hay que recorrer extensos viñedos, saltar zanjas, triscar breñas, donde no se oye el bullicio de los vehículos, ni tañidos de campanas, ni voces extrañas que nos son indiferentes. ¡A esto llamamos campo! Nosotros habitamos una alegre casita situada sobre la falda de la colina, entre las viñas, vecina al castaño. Esta, sábelo, no obstante ser pequeñísima, tiene muy buena ventilación, además de su aspecto gracioso y sonriente. Por todas las puertas, por todas las ventanas, vese el vasto panorama que se ofrece a los ojos: las montañas, los árboles, el cielo, sin muros que lo intercepten, ¡sin aquellos sombríos mu-

ros ennegrecidos! A su frente hay una pequeña explanada, y un grupo de castaños que afectando la forma de un quitasol, cubren el techo con sus ramas, en las cuales los pajarillos gorjean todo el santo día sin descanso. Yo ocupo una adorable y diminuta pieza, en que cabe apenas mi lecho, con una linda ventana que da al castañar. Judit, mi hermana, duerme en una amplia, cama contigua a la mía, pero por la cual no trocaría mi cajita, como satíricamente la designa mi padre, aparte de que, necesitando ella en qué colocar sus vestidos y sus sombreros, le viene de molde, en tanto que yo, una vez doblada mi túnica sobre una silla a los pies del lecho, asunto concluido. Durante la noche, cuando desde la ventana oigo el bramido de la espesura, y entre las sombras, que adquieren formas fantásticas, veo un rayo de luna agitándose en las ramas, semejante a un espectro blanco, y escucho aquel ruiseñor que modula sus trinos, distante, muy distante, puéblase mi mente de tantas fantasías, tantos sueños, tantas dulzuras, que, a no ser por el pavor que me domina, aguardaría, arrobada en ella, la venida del día.

En la otra parte de la explanada existe una encantadora choza de techo de paja y de juncos, habitada por la familia del mayordomo. ¡Si vieras cuán

pequeña y aseada la hermosa cabaña! Reina en todo el mayor orden y está admirablemente conservada: la cuna del chiquitín, el colchón de paja, la rústica mesa. Por esa choza sí que cambiaría mi cuartito. Figúrome que aquella corta familia, reducida en dos palmos de tierra, ama más, siendo doblemente feliz; figúrome que aquellas facciones, limitadas a las cuatro paredes, son más íntimas, más estrechas; que el corazón, conmovido y casi asombrado por la perspectiva perenne de estos horizontes dilatados, encontrará más goce, más consuelo, replegándose en sí mismo, concentrándose en sus caros afectos, circunscribiéndose a un pequeño espacio, entre los pocos objetos que forman su parte más íntima, complementando su estructura moral.

Escribe que te escribe, Mariana. ¿Te reirás tal vez de mí, tildándome de ser un San Agustín con faldas? Perdón, querida, rebosa tanto mi corazón de emociones nuevas, que cedo a la necesidad de comunicártelas sin poderlo reparar. El primer día que, salida del convento llegué aquí, sentíme aturdida, atolondrada en mi aislamiento, como si hubiese sido transportada a un mundo nuevo, en que todo me causara turbación, me confundiera. ¡Imagínate a un ciego de nacimiento que, por efecto milagroso, reco-

brara la vista! A todas estas extrañas impresiones estoy ya habituada. Siento el corazón menos oprimido, más pura el alma. Dialogo conmigo misma, hago examen de conciencia; no aquel examen tímido, miedoso, asaltada mi mente de pesares y de remordimientos, cual nos sucedía en el convento; no, un examen tranquilo, henchida de felicidad, bendiciendo al Señor que me la concede, creyéndome llegar hasta El vertiendo una lágrima, o fijando la mirada, ora en la pálida luna, ora en el infinito.

¡Dios mío! ¿Será este gozo un pecado? ¡Mirará mal el Señor mi preferencia al convento, al silencio, a la soledad y al recogimiento, por la campiña, el aire libre, la familia!... Si aquí estuviese aquel viejito nuestro confesor, resolvería mi duda, disiparía mi turbación, me aconsejaría, me confortaría acaso... Cuando me dominan estos escrúpulos e incertidumbres atormentándome, ruego al Señor que me ilumine, aconseje, me ayude. Ruégale tú también por mí, Mariana.

En tanto, yo lo alabo, agradezco, bendigo, le pido me haga morir acá, me dé la fortaleza, la vocación, la resignación necesarias, si deberé pronunciar los votos irrevocables y dar un adiós eterno a estas delicias inefables, encerrarme en el convento y dedi-

carme a El, a El solo, exclusivamente. ¿ No seré digna de tanta gracia, seré una pecadora?... ¡Ah! Cuando en la noche reina el silencio, y fijo mi atención en la mujer del mayordomo, que reza el rosario con su hijito mayor sobre las rodillas, sentada cerca del fuego en que se cuece la sopa de su marido, meciendo con el pie la cuna en que dormita el niño, me imagino que la plegaria de aquella buena mujer, tranquila, serena, llena de reconocimiento por la felicidad que le prodiga el buen Dios, asciende hasta El más pura que la mía, que está llena de turbación, de ansias, de deseos impropios de mi condición, y de los que no puedo substraerme por un momento.

¡Qué larga carta te he escrito! Con tal que no me guardes enojos, y me la contestes con otra más extensa... Háblame de ti, de tus padres, de tus entretenimientos, de tus pequeños disgustos, como lo hacías todos los días allá en el convento, en la hora del recreo, teniéndote abrazada. Creí charlar contigo largo rato, estrechándote las manos como antes, que atenta me escuchabas, vagando por tus labios una sonrisa maliciosa. Escíbeme pues, escribe en cuatro nutridas carillas de papel (que no me contentaré con menos), así me pones al tanto de todo aquello que me habrías dicho de ellos. Chárlame un poco de to-



do, largamente. Cuéntame, sin omitir detalle alguno, cuánto piensas; en qué empleas tu tiempo, si tienes tedio, si te diviertes, estás contenta, feliz como yo, y recuerdas a tu María; dime el color de tu vestido, ¡pues ya sé que tienes uno como el de una señorita! Dime si hay flores bellas en tu jardín, si en Mascaluccia existen castaños parecidos a estos, si has asistido a la vendimia. Escribe presto, que espero ansiosa. No me tengas tanto tiempo con la boca abierta.

Adiós, adiós, Mariana, hermana mía: te envío cien besos, a condición de que me serán retribuidos.- Tu María.

19 de septiembre.

Mariana mía:

Únicamente llegan a estos sitios tristes noticias, sólo se ven rostros despavoridos. Azota el cólera a Catania. ¡Doquiera el terror, la desolación!

Si no fueran estos sobresaltos, estas angustias, ¡qué vida más pacífica la que se pasaría aquí! Mi padre sale de caza, o me acompaña en mis interminables paseos, temiendo me extravíe en el bosque. Mi hermanito Luis corre, grita, alborota, trepa a los árboles, dejando colgado todos los días algún pedazo de su trajecito, y la madre... (Mariana, ¡si supieras cuánto me cuesta, darle este dulce nombre a mi madrastra! Imagínome ofender la memoria de mi pobre madre... Sin embargo, ¡es necesario llamarla así!), y la madre a gritarle, a darle golosinas, besos, cachetes en las mejillas, remendarle sus vestidos, volverlo a asear un sinnúmero de veces al día. Ella no hace nada más que coser y agasajar a sus hijos, ¡dichosos de ellos!... y a menudo, mientras da un vistazo a la cocina, a la criada que adereza la comida, me reprocha mi poca habilidad, negándome en absoluto aptitudes para los quehaceres domésticos... ¡Es muy cierto! Tiene sobrada razón. No hago otra cosa que

correr por los campos, recoger florecillas, escuchar el canto de los pajaritos... ¡a mi edad! ¡casi friso en los veinte años! ¿Comprendes? Me ruborizo de mí misma; pero mi querido padre carece de energía para censurármelo; él se lo pasa acariciándome y exclamando: ¡Pobrecita! ¡Dejadle gozar los días que le restan de libertad!

Cada vez que pienso en mi desdichada madre, que reposa allá, en el cementerio de Catania, inúndanse de lágrimas mis ojos. A menudo me sucede también, el considerarme una extraña en la casa de mi padre. A nadie culpo por ello. No están acostumbrados a verme, ni a tenerme a su discreción: he ahí el motivo.

Por lo demás, si mi madrastra me reconviene porque no soy apta en cosa alguna, tiene sus buenas razones para ello, lo cual redundará en beneficio mío, pues soy la única culpable.

Mi hermana, de espíritu poco expansivo, contrasta con la locuacidad de mi carácter: me quiere bastante, no se queja de la incomodidad que le ocasiono, ocupando el cuartito en que está arrinconado mi pequeño lecho que en otras ocasiones le servía, de guardarropa, en tanto que hoy, haciendo las veces de éste su cama, coloca encima sus cajitas y sus

vestiditos. Luis continúa siendo el muchacho alegre y chacotón que conoces; me salta al cuello a cada momento propicio que se le presenta, consolándome con un beso cuando su madre me reprende a causa de mis vestidos destrozados. ¿Pero qué culpa tengo yo, si en el convento no me han enseñado a remendarme los vestidos? Tocárame a mí razonablemente. Judit es una señorita y pasa la mayor parte del día ocupada en sus vestidos y en sus tocados, y hace bien en ocuparse tanto, pues los vestidos, las vistosas cintas, le sientan tanto que parecen hechos para ella... Y además es rica por la dote de su madre; mi padre, como tú sabes, no pasa de ser un modestísimo empleado. ¿A sus años ella, en qué podría pensar? Vez pasada, probándose un vestido nuevo, ¡tan bella estaba!, que no pude menos de pedirle me consintiera abrazarla. Rehusó, dándome la excusa que iba a ajarle la seda de éste. ¡Cuán boba soy, Mariana! ¡Cómo si se tratase de mi humildísima túnica de saya, que no corre el riesgo de arrugarse!

¡Ah, la familia!, ¡qué bendición del Cielo! En la noche, cuando mi padre cierra la puerta, se apodera de mí un inefable sentimiento de placer, cual si se estrechase el lazo que me une a los míos en la intimidad del hogar. ¡En vez de aquella penosa sensa-

ción de tristeza que experimentábamos nosotras, pobres reclusas, ¿recuerdas? oyendo el ruido del mazo de llaves del conserje, y el estridente rechinar de los cerrojos! Mi pensamiento vuela hacia las infelices enclaustradas, oprimiéndoseme el corazón; cien veces me he confesado, otras hecho penitencia, y jamás pude distraerme a todas estas ideas. A la aurora, antes de abrir los ojos, cuando me despierta el gorjeo de los pajarillos que se disputan las migajas que exprofeso colocara para ellos en el alféizar de la ventana, mi primer pensamiento proporcióname la satisfacción de verme en el seno de mi familia, junto a mi padre, a mi hermanito, a Judit, que me abrazarán dándome los buenos días; que no tendré oficios que rezar, ni meditaciones que hacer, ni silencio que guardar; que abriré mi ventana, apenas salte del lecho al suelo, por la que penetrará la brisa embalsamada, algún rayo del sol, el rumor de la fronda, el canto de los pájaros; que podré salir libremente a correr, a saltar donde mejor me plazca; que no veré rostros austeros, túnicas negras, ni lóbregos corredores... ¡Mariana!, ¡te confesaré al oído un gran pecado!... ¡Si me hicieran un lindo vestido de color castaño! ¡sin crinolina, eh! ¡Oh, esto no es posible!... Pero un vestidito que no fuese negro, que me per-

mitiera correr y escalar tapias, que no me recordara a cada instante, como esta maldita túnica, que allá en Catania, una vez desaparecido el cólera, me aguarda el convento!...

No pensemos en eso. ¡Soy una fugitiva, una loca!... Perdóname, querida Mariana, chanceo; pero en tanto, aun no te he dicho que poseo un lindo pajarito, un gorrioncito precioso, alegre, vivaz, cariñosísimo conmigo, que parece comprenderme, que vuela a tomar su comidita en mis manos, me picotea el dedo, y se divierte en estrujarme el sombrero. Su historia en su principio es un poco triste: mi padre me lo trajo un día envuelto en el pañuelo, salpicado de algunas manchas de sangre, ¡pobrecito!, ¡sin duda en su primer vuelo un tiro de escopeta lo hirió en una alita! Afortunadamente la lastimadura no fue grave. ¡Qué crueles e inexplicables diversiones las de los hombres! Al notar aquella sangre, a sus gritos de dolor... (el desdichado sufría intensamente...) yo lloré con él, hasta el extremo de ofender a mi querido padre. Todos reían de mí, incluso Luisito. Lavé la herida del infeliz, perdida la esperanza de que salvase de la muerte. ¡Pero hete aquí que de repente salta, haciendo gran ruido! Por momentos el pobrecito, dolorido todavía, viene agitando sus alitas a

refugiarse en mi seno, como si quisiera expresarme su gratitud. Yo, en cambio, lo consuelo a besos, lo acaricio, le doy migajas y mijo, y él se va muy avispadito a posarse sobre la ventana, para volverse nuevamente hacia mí gorjeando, batiendo sus alas; el cuello estirado y el pico entreabierto.

Anteayer un gatazo feroz me dio un tremebundo susto, mi Cariño, ¿sabrás que se llama Cariño? se entretenía jugueteando sobre una mesa, pues éste se permite hacer mil bufonadas, revolviendo y desordenando todas las cartas, trinando sin cesar, dándose vuelta a mirarme con sus ojillos vivarachos, el falaz, desdeñoso, cuando, de súbito, salta sobre aquélla dicho gatazo negro, alargando la zarpa para apresarlo. Doy un grito, mi pobre Cariño, chillando también, veloz, vino a guarecerse, en mi seno. No me explico cómo lo escondí, tomándolo en mis manos, bajo el delantal, ambos temblando. A mi alarma acudieron todos los de la casa. Mi madrastra, me reprendió por haberla asustado, sin causa alguna, diciéndome que no estaba ya en la edad de las niñerías, que en cuanto al gato, habría hecho perfectamente en atrapar a mi Cariño; Judit reía y el pillastre de Luis instigaba al gato a arrebatarme el pajarito que ocultaba en el regazo. Lo sentía temblar de mie-

do, entre mis manos, y el corazón le latía fuertemente. ¡Me habría hecho sacrificar antes que abandonarlo! Desde aquel día no olvido cerrar la puerta de mi cuarto, donde suelto a sus anchas a mi Cariño. ¡Odio a aquel gatazo!

En cambio, abrigo gran cariño por el perro del mayordomo, un hermosísimo perro negro del pajar, alto, que en los primeros días causábame mucho miedo con sus ladridos, pero que hoy me acaricia, meneando la cola, lamiéndome las manos, restregando sus flancos en mi túnica, denotando en su inteligente mirada, su fidelidad. En efecto, él, en los paseos a que me acompaña, constitúyese en mi guardián; apenas doy un paso, échase a correr delante a explorar el terreno, regresando en seguida a grandes saltos, ladrando alegremente y agitando su cola. Cuando yo lo llamo, él ya sabe que llega la hora de nuestro paseo (oportunidad que en el día ofrécese a menudo), ¡vieras qué ladridos, qué saltos, qué fiestas!

Te he hablado de mi perro, de mi gorrioncito, de aquel feroz gatazo, olvidando hacerlo todavía de los vecinos de estos parajes que frecuentemente encontramos, y en cuya compañía, generalmente a las tardes, en la hora del ocaso, hacemos lindos paseos.



Habitan una, casita en el fondo del valle, a poca distancia de mí ventana. Son los señores Valentini; ¿los conoces? Mi padre y mi madre los reputan muy buenas personas. Yo y Anita, su hija, más ó menos de mi edad, somos amigas; pero no en tal alto grado como tú y yo, ¿comprendes? No te pongas celosa, que te amo el doble que a ella, pues deseo que tú también me prefieras a tus otras amigas.

¿Cuándo escribirás? ¡Me has hecho esperar tu carta catorce, larguísimos días! Fíjate como yo te contesto pronto y extenso. ¡Si dejas pasar otro tiempo igualmente largo en manifestar que me quieres tanto como yo a ti, que me devuelves los mil besos que te envió, entonces amaré a mi nueva amiga más que a ti! Piénsalo.

P.D: Olvidaba decirte que los señores Valentini, aparte de Anita, tienen además un hijo, un joven que ha venido repetidas ocasiones en compañía de su hermana, y que se llama Antonio, pero le nombran Nino.

27 de septiembre.

Mariana: ¿Por qué no te hallas aquí para pasearte, recrearte, para divertirte con nosotras? ¿Por qué estaré privada de abrazarte, y decirte a cada instante: mira cuán bello es esto?; ¿Qué tan agradable es otro?... Y mostrarte cuán feliz soy, ¡Dios mío, feliz como no se puede desearlo más! ¡Qué sería, si tú te encontrases aquí!...

Ayer, a la caída del ocaso, hicimos un magnífico, paseo con los señores Valentini por el bosque de los castaños. ¡Qué bello bosque!, ¡si tú lo vieras, Mariana! Una sombra deliciosa, una que otro rayo del sol moribundo que se filtra entre la fronda, el rumor grave y prolongado de las ramas más elevadas, el canto de los pájaros, y a intervalos, solemne y profundo, el continuado silencio. Bajo aquella inmensa, bóveda de ramas, entre aquellos interminables, tortuosos senderos, el pavor casi sería de desear, si fuese agradable. Las hojas secas crujían a nuestro paso; de trecho en trecho algún pajarito asustado, huía, sacudiendo con estrepitoso, mi imprevisto ruido, las pocas hojas que lo ocultaban; vigilante, nuestro hermoso perro, corría tomando la

delantera, festivo, ladrando, tras las alondras atemorizadas; Anita, Luis y Judit, iban de bracete canturriando; el señor Nino los seguía con su fusil en bandolera; el resto de la comitiva venía muy atrás, gritándonos a cada instante que no anduviéramos tan ligero, dado lo fatigoso de la cuesta del monte. El señor Nino tiene también un hermoso perro, un lindo perdiguero, de largas orejas, a manchas negras; se llama Alí, y ya ha trabado estrecha amistad con Vigilante. Judit y Anita, a cada paso, quedaban enredados por sus largos vestidos en los matorrales, no así yo, ¡te lo aseguro!, corro, salto, pero no tropiezo, ni las malezas dejan señales en mi túnica. El señor Nino iba, junto a mí, recomendándome tuviera cuidado de no caer, temiendo por mí, el pobre. ¡Si no hubiera sido, por mi cortedad, casi casi le hubiera desafiado a correr! Judit se lamentaba a cada instante, de su cansancio. ¿Qué mujeres son estas, Mariana?, ¡no saben dar diez pasos sin sentir la necesidad del brazo de un hombre, o de dejar pedazos del vestido en las zarzas! ¡Bendita la túnica mía! El señor Nino brindóme numerosas veces el brazo, ¡como si yo tuviera, necesidad de él! Lo habrá ofrecido a propósito para hacerme rabiar. ¿Por qué no

se lo ha ofrecido a mi hermana, quejosa desde la salida, y que hubiera aprovechado de él y no a mí?

Cuando nos encontramos juntos en la cumbre del monte, ¡qué magnífico espectáculo! El castañar no alcanza hasta allí, y desde la cima se goza de la vista de un horizonte dilatado. El sol declina, de un lado, en tanto que la luna surge del otro: en ambas extremidades dos crepúsculos diversos; las nieves del Etna que parecían de fuego, alguna sutil nubecilla que surca el espacio, simulando un copo de nieve, el vaho de la lujuriosa, vegetación de la montaña, un silencio solemne, más allá el mar que se platea al primer rayo de luna, y sobre la ribera como una manchita blanquecina, Catania; la vasta llanura limitada a su fondo por una cadena de montes azules, que cruza el Simeto serpeando luminoso como argéntea cinta, y después, poco a poco, subiendo hacia nosotros, todos aquellos jardines, aquellas viñas, aquellas aldehuelas que nos envían de lejos el toque del Avemaría; la soberbia cumbre del Etna elevándose al Cielo, y sus valles envueltos ya en las sombras, y sus nieves que reflejan los últimos rayos del sol, y sus bosques que se estremecen, que murmuran, que se agitan. ¡Mariana, estas son las horas en que querría llorar, en que querría estrechar las ma-

nos a todos aquellos vecinos míos, en que no puedo proferir una sola palabra, sin embargo de agolpármeme en la cabeza pensamientos sin cuento!... ¡Mira!... ¡Yo no sé como no estreché la mano al señor Nino, que estaba a mi lado!.. ¡Siempre soy locuela!

Creo que todos en ese momento experimentaron lo que yo, pues todos callaban. El mismo señor Nino, alegre siempre, como tú sabes, también callaba...

Después descendimos corriendo, parloteando, riendo, espantando los pájaros (que nos asustaban a su vez, a1 escapar con estrépito impensado entre las hojas) y jugando a las escondidas en la arboleda, a pesar de que nuestros padres desgafitábanse gritando que no corriéramos. Alí y Vigilante tomaban parte en la jarana, saltando y ladrando alegremente. De rato en rato, a través de la densa sombra, penetraba un rayo de luna por entre las ramas hasta sus troncos, plateándolos, y dibujando figuras caprichosas sobre la hojarasca que cubría el suelo. El señor Nino corría también como un muchacho, como un loco, ni más ni menos que todas nosotras. En dos o tres ocasiones salí victoriosa, vanagloriándome. ¡Vencer a un hombre!... Y luego me ocultaba entre los árboles, evitándole verme ruborizada... así no me intimidaba... y cuando me dejaban atrás los

otros... hasta él..., me incorporaba jadeante, sin poder contener el aliento, gozosa, sin temor de encontrarme sola en la espesura, puesto que oía sus voces, los ladridos de los perros... y además, ¿el señor Nino no tenía acaso su excelente escopeta terciada en bandolera?

Motivo de algazara fue también, saliendo del bosque, ver a la distancia la luminaria de nuestra casita. ¿Ignoras por ventura, cuán agradable nos es en la campaña, en la silenciosa lobreguez de la noche, distinguir a lo lejos las ventanas iluminadas de la casa paterna, la luz hospitalaria, que nos guía, que nos llama, que hace pensar en el techo común y en la serena tranquilidad de la vida familiar?

¿Sabes que en estos ocho días transcurridos, hemos estrechado íntimamente con los señores Valentini? ¡Qué buena gente! parece que fueran amigos nuestros de hace veinte años. Anita, simpática muchacha, no ríe de mi túnica ni de mis maneras singulares de novicia; juntas lo pasamos de la, mañana a la noche, se pasea, charla, juega, merienda y alguna vez aderezanos la comida reunidas. Te diré que hasta he aprendido a jugar... ¡Por caridad, cuida de no decirlo a alma viviente! Todavía lo hago con poca destreza, perdiendo casi siempre; pero señor Ni-

no tiene la gentileza de dirigirme y aconsejarme constantemente, conformándose con no jugar. Cuando regrese al convento, te prometo acusarte las cuarenta.

¡El convento, mi Dios!... He ahí la única nube que obscurece estos risueños horizontes. Pero no pensemos por ahora, Mariana mía, sigamos alegres y felices; ¡venga después lo que Dios quiera!

Mientras estamos aquí alejados del peligro, seguros, tranquilos, divirtiéndonos, ¡cuanta pobre gente en cambio, llora y sufre!; ¡cuanta miseria, cuantas lágrimas, cuantas inocentes víctimas! Las noticias que a nosotros llegan, cada cuatro o cinco días, cuan tristes! ¡Dios mío, piedad para tantos atribulados!

¡Cuantas sospechas! ¡Cuantos terrores! Sabrás que nuestros supersticiosos aldeanos creen en envenenadores, en razas envenenadas, en que se yo... ¡desgraciados! son semejantes a mí, que cuando me domina el miedo, veo fantasmas; razón por la cual todas las noches vense en los valles, sobre la montaña, doquiera, fuegos, señales de los que velan, detonaciones continuas de tiros de escopeta, cual si se pretendiera ahuyentar a espíritus malignos, a poseídos del diablo!... ¡Cuan triste; que en las solemnidades de la noche, entre las tinieblas y el silencio, en

medio de la general conmoción, asume proporciones espantables!

Me he entristecido, ¿verdad?; y un momento antes te hablaba alegremente de nuestras diversiones. Me dices que tu también te diviertes en amable compañía; te creo, pero juraría no vale lo que la nuestra. También me dices que no volverás más al convento... ¡feliz de tí!... ¿Si deberé regresar a él, sin tí?... Ahora quiero estar contenta; ¡que en el futuro, Dios provea!

Cariño, completamente sano, ha crecido tornándose un tanto triste; pero vivaz, alborotador, valentón, y con un vozarrón ¡si yo no lo impidiera, creo que llegaría su audacia hasta hacerle frente al gato! El pobre Vigilante recibió un cruel estacazo del mayordomo, y chillando vino a buscarme en su desdicha. Yo lo acaricié, siempre le doy algún bocado preferido, y ya no abandona más el umbral de mi cuartito.

Supongo que nada olvidé contarte. Escríbeme pronto y largo. Dime que me quieres mucho así como a Anita, quien por igual te estima.

Adiós, adiós.



HISTORIA DE UNA CAPINERA

1° de octubre

¡Si supieras, Mariana, si supieras!... ¡el pedacazo que he cometido!... ¡Dios mío! cómo tendré valor de confesarlo... ¡No me lo censure!... a ti, a ti sola lo confesaré... pero al oído, ¡eh! despacito...¡No me lo enrostres!... Abrázame y escucha...

¡He bailado!... ¿entiendes? ¡He bailado! pero oyes... ¡no me censure!... con ninguno... mi padre, Judit, Luis, mi madre, Anita, los señores Valentini... y el señor Nino... Delante de todos he bailado, con él... ¡Escucha! me justificaré... verás que no he sido yo... que no fue mía la culpa... que me obligaron... Noches pasadas los, señores Valentini trajeron su armonium, se sentó a él Anita; enseguida Judit; danzaron todos, Anita, mi hermana y lo mismo Luis, un poco. Hubo que sacar el lecho de mi hermana para dar mayor amplitud al salón. Después que Judit terminara de bailar, el señor Nino invitóme. Encendióseme el rostro, y habría deseado encontrarme cien codos bajo tierra. Balbuceaba, no se que palabras. Rehusé, rehusé infinidad de veces, te lo juro; todos reían, batiendo palmas; mi padre entonces vino a tomarme de la mano, sonriente tam-

bién, me acarició, concluyendo por decirme, que no era indiscreción el que yo tomara parte condescendiendo. Intenté estérilmente, hacerle comprender que en realidad era profana, que ni tampoco esto me habían enseñado; el señor Nino persistió en dirigirme personalmente; no me di cuenta de más, el vértigo se apoderó de mí, sentía zumbarme los oídos, temblar las piernas; me dejé conducir, me abandoné sin saber yo misma lo que de mí hacían. ¡Cuánto sufrí, Mariana!...¡Después... cuando él me tomó de la mano... cuando ciñó su brazo en torno de mi talle!... me pareció que su mano ardía, que bullía mi sangre en las venas, que un calofrío me llegaba hasta, el corazón!... Pero inmediatamente empecé a tranquilizarme. ¡El corazón se me despedazaba al contacto de los latidos de aquel otro corazón contra, el mío! ¡Habránse reído todos de mí! Ríe tú; también. Sí, que yo misma me río. ¿Cuál es la, muchacha, que a nuestra, edad, no ha bailado por lo menos veinte veces? ¿Quién sabe si en un principio experimentaron todas lo que yo sentí?... Pero te confieso que enseguida aquella música, aquellos semblantes alegres, las palabras que Nino susurraba suavemente a mis oídos alentándome, su mano que estrechaba la mía, desvanecieron casi por

completo mi turbación, y hasta agregaría el rubor... ¡Pobre Mariana! ¡No me lo reproches!... Casi, casi, creo ser feliz...

Mariana mía, ¡perdóname, nunca volveré a hacerlo! Por otra parte, espero que me dejarán en paz: habrán reído hasta el cansancio de mi túnica y de mi tontería... hasta, él... el señor Nino... ¡Pero no! Estoy segura de que él no me sacó a bailar con la intención de mofarse de mí... sino que sus propósitos eran distraerme... y en realidad, se portó galantemente conmigo, pobre pupila que no sabía ajustarse al ritmo, que a cada paso tropezaba, que sufría de mareos... él, ¡que baila también! ¡Si lo hubieses visto bailar con Anita!... ella sí que lo hace con maestría!

Después se hizo un poco de música. Anita y Judit cantaron bellas partituras de teatro. A toda, costa quisieron que enseguida cantara yo... Dime tú, ¿qué cosa podría haber cantado que no fuera la Salve Regina? Y bien. Pues dijeron que se contentarían, aunque más no fuese que con la Salve. Indudablemente deseaban entretenerse a mi costa, y mi padre, el primero, obligóme a cantar. En el coro, bien lo sabes, cantábamos casi en tinieblas tras las verjas, echando el velo sobre la faz, y entre personas que tíos conocíamos íntimamente; pero aquí, al descu-

bierto, ¡entre tanta gente!... ¡y entre éstas, el señor Nino!... No obstante, tuve que cantar, prescindiendo de la letra, se entiende, sólo la música. La voz me temblaba, faltábame el aliento, tuvieron empero la bondad de ser indulgentísimos conmigo, de no reír; antes más bien, me aplaudieron. Tengo entendido que en verdad, es una, música bella, la de la Salve Regina... Vi al señor Nino tan conmovido... mirarme de cierta manera... a él, generalmente alegre y bur-lón.

Te he escrito todo lo que hago, cuanto pienso, lo que me divierte; todos mis pecadazos, aun a riesgo de recibir una, filípica tuya... Lo que es yo, no habría osado confesárselos ni a aquel santo viejecito cape-llán nuestro... Pero, si a ti no te los refiriese todos, hermana mía, si contigo no me desahogase revelán-dote todas estas cosas, ellas me anonadarían. Siento la necesidad de hablarte extensamente, recordán-dote todos los detalles, meditarlos de cerca, hablar de mí misma, y verlos escritos sobre el papel, so-ñarlos... Estas son las horas en que, bullentes, mul-titud de pensamientos llenan mi cabeza de vértigos, me embriagan, me aturden. Todas estas locuras, to-das estas nuevas sensaciones, acaso sean muy vio-lentas para mí, habituada a la quietud y al

recogimiento claustrales. A lo menos, hablando contigo, me siento feliz, puedo depositar en tu corazón las penas que en el mío rebosan.

Escríbeme, escíbeme pronto. No dejes pasar tanto tiempo sin contestarme. Consuélame, discurre con tu desventurada amiga, que está inquieta, desconcertada con todos estos fracasos, todas estas novedades, todas estas impresiones, y tiembla, como un pajarillo, asustado hasta de los curiosos que vienen a observarlo, los cuales no abrigarían ciertamente deseos de causarle daño, pero que se lo producen con sólo permanecer a su vista.

Querría llorar, reír, cantar, estar alegre. Necesito una, carta tuya. Necesito hablar contigo, ¿lo entiendes? Abrázame, Mariana mía... ¡Si siquiera pudiese llorar, ocultando mi cara en tu seno!...

10 de octubre.

El jueves tuvimos un gran día. ¡Celebróse el día de mi padre! Excusado es decirte que desde el amanecer toda nuestra reducida familia, estuvo en movimiento, inundando la casita de júbilo y de alegría. Mi madre, con anterioridad, había, mandado torcer el pescuezo a un pavo, vigilando afanosa los preparativos de la comida. Judit regaló al Padre un lindo gorro de seda, bordado a escondidas preparándole una sorpresa; yo no pude hacer otra cosa que obsequiarlo con un hermoso ramo de flores silvestres, recogidas a la aurora, húmedas aún con el rocío de la noche. Mí ofrenda, era muy modesta; pero mi bondadoso padre la apreció tanto como la de mi hermana, abrazándonos a ambas, arrasados sus ojos en lágrimas. Nuestros amigos llegaron hacia el amanecer, precedidos de una gran algazara, de tiros disparados al aire y ladridos. ¡Qué alborozo! Los señores Valentini traían también lindos ramos, formados de verdaderas flores de jardín, hechas venir expresamente de Viagrande. Mi humilde ramito, ante aquellas soberbias flores, adquiriría un aspecto de humillado. Nos dieron además una liebre gorda,

muerta el día anterior... El señor Valentini no va más de caza, pero sí su hijo... Mi madre dio preferencia a la liebre sobre las flores... Por mi parte, te declaro que desde hace algunos días estoy a punto de reconciliarme con los cazadores será efecto de la costumbre. Y sobre todo, ¿qué podemos comprender nosotras de semejantes diversiones por las cuales tienen los hombres tanta afición? Mi padre quiso que nuestros amigos se quedasen a comer con nosotros. ¡Fue un magnífico día! Se cantó, se rió, se pasó alegremente, y hasta se bailó... yo no.

Después de la cena el cotidiano paseo. La noche era bellísima; pero, sin saber por qué, yo no estaba tan alegre, tan contenta como notaba a los demás, y como solía estarlo otras veces. Me complacía en escuchar el leve ruido de las hojas que caían, el rumor de los árboles, el canto lejano del búho; me internaba en la espesura, bizarra, afrontando el temor cansado por las sombras, gustaba estar sola aparte, pues de rato en rato velábanse mis ojos de lágrimas.

¿Qué misterio existe en nuestras almas, Mariana? Debería haber estado alegre aquel día, en que todos lo estaban. No sabía explicarme a mí misma esta extravagancia. Tendré quizá el genio poco equilibrado, al que convenga más la quietud del claustro,



y que aquí se halla fuera de su quicio, agitado, inquieto y tal vez algo alocado.

Adiós. Te escribiré cuanto antes. Esta carta es breve, hasta seca, cuando debiera escribirte una larga, muy larga, en que te narrara cien cosas más: todas las tonterías que se me vinieran a la mente, todo lo que no pudiera charlar contigo de viva voz. Pero, ¿qué quieres? Hoy fáltanme alientos. Me siento fatigada, sin ganas, no tengo las ideas claras. Hasta, mañana, pues.

23 de octubre

Me regañarás por haber dejado sin respuesta tu carta, y tendrás razón, Mariana mía; pero ya me, lo he reprochado yo a mí misma. No sé que es lo que tengo, no sé... El más insignificante trabajo, la más pequeña ocupación me dejan exhausta... Repréndeme... Estoy hecha una perezosa... Querría estar el día entero sentada a la sombra de los castaños; pasar las noches fijos los ojos en el firmamento. Todo aquello que más me atraía, hoy cáusame fastidio.

No quiero pasearme más por el castañar; cantar, reír, todo me da tedio. ¡Tu pobre María se halla bastante triste! Yo misma no sé por qué. Acaso el Señor haya querido hacerme probar cuán efímeros son los placeres y los goces que existen fuera de la vida conventual ¡Oh, mi Dios! estos son los momentos en que casi siento miedo de mí misma... ¡porque aun en mi plegaria me absorben!... ¡Dios mío! ¡perdóname! ¡cóntame! ¡Dios mío, sosténme!

Mi Cariño hase vuelto casi selvático, y muchos días han pasado que no me recreo más con él. ¡Huye de mí! ¿Habréme vuelto muy cruel, acaso? Vigi-

lante tampoco me prodiga sus fiestas de costumbre, pues no halla, recompensa, y nota, quo me incomoda.

¿Si estaré enferma, Mariana? Te confieso al oído que casi, casi desearía estarlo, porque entonces todos estos fastidios, estos cansancios del alma, obedecerían a un motivo y no me amedrentarían.

Tú, en cambio, que eres sana, alegre, feliz, escríbeme, escríbeme a menudo. Quiéreme cien veces más hoy, en que necesito doblemente de tu cariño, retribuido con creces; hoy, en que el único sentimiento que me resta, es el de una gran ternura por los míos, por todos mis conocidos; ¡figúrate pues si por ti!

12 de noviembre.

Mariana, estoy convencida de que a nosotras, pobres corazones débiles y tímidos, todos estos tumultos mundanales, estas fuertes sensaciones, estos placeres, prodúcennos un daño inmenso. Somos como esas humildes florecillas aclimatadas al suave calor de la estufa, que el aire libre agota.

¿Te recuerdas, cuando te escribía que estaba alegre, feliz, dos meses ha? ¿Que cada emoción nueva, era un tesoro para mi corazón, ávido de dicha? ¿Cómo agradecía a mi buen Dios todas aquellas sensaciones placenteras, a que se abría el alma mía bendiciéndolo? ¡Verdad, Mariana! Demasiado cierto es lo que las monjas nos decían continuamente, y que el padre Anselmo predicaba desde el púlpito: las verdaderas alegrías tranquilas, serenas, perdurables, enciérralas el claustro. No sabría darte la razón, pero, sí, sé que las del mundo son bien distintas. Yo lo he experimentado... ¡yo que me encuentro tan transformada! Todo me cansa, me pesa, me da aburrimiento... todo en mí es motivo de inquietudes, de turbaciones... y de desalientos... Del mismo modo, no podría explicar la razón de esos

ímpetus de loca alegría, rayana en delirio, y de las repentinas tristezas que por contraste me asaltan, me aterrorizan. En medio de todos estos dones del Criador, que bendijera otrora, siéntome infeliz...

Querría retornar a las santas paredes del convento. Postrarme de hinojos ante el coro: abrazarme de los Pies del Salvador; besarte, y escondiendo mi faz en tu seno, desahogarme de las lágrimas que me oprimen el corazón.

No te mofes de mí, Mariana; compadéceme, fuera mejor; compadéceme que estoy muy triste, sin alcanzar a comprender ni encontrar la causa, o acaso sea cruel e ingrata con el buen Dios que me colmara de tantas bendiciones, ingrata con mi querido padre que se esfuerza en disipar mi tristeza prodigándome mil caricias, ingrata con mi familia, con mis amigos...

No puedo escribir más. Deseo llorar. Toda la noche la he pasado en la ventana, fijos los ojos en las profundas tinieblas que me parecían llenas de espectros, escuchando los ladridos lejanos de los perros, el zumbido de los insectos noctámbulos... ¡y no he tenido miedo!...

¡Si pudiese abrazarte!... ¡si pudiese llorar!... ¡Escríbeme tú al menos!... Escíbeme. No te pido más.

10 de noviembre.

Mi querida Mariana, tú estás inquieta por mí, por el estado de mi espíritu; haces preguntas que no comprendo, que me embarazan, a las cuales no sabría responder: pides mil explicaciones que no sabría satisfacer a mí misma. Si tú estuvieses aquí, si nos hablásemos al oído, abrazadas, bajo los árboles, donde la sombra, es más densa, tú, que eres ya una, señorita, que no irás más al convento, que conoces el mundo, tú tal vez supieras hallar el hilo de la madeja, tú acaso supieras responder a mis preguntas, sacarme de mis dudas, me confortarías y tranquilizarías. ¿Pero qué puedo decirte yo?...

Tus mismas interrogaciones me inquietan, me turban... ¿Me preguntas la razón de no haberte hablado de los señores Valentini, en mi última carta tan triste, mientras te conversara tanto de ellos en las primeras sumamente alegres? ¿Observas que el nombre del señor Nino, recordado a cada instante en mis primeras, parecía evitarlo estudiadamente en la última? ¿Cómo lo has advertido? Yo misma no me daba cuenta... ¡Dios mío! tampoco sabría explicarte el por qué. Pero tienes razón, y me has hecho

pensar que también ahora he necesitado hacer un esfuerzo para, escribir aquel nombre... Verás igualmente que mi mano ha temblado... ¡Y si contemplases mi rostro!

¡Mariana, Mariana mía!

¡Ahora, te lo diré todo, mira!... Pondré mi corazón en tus manos; tú le interrogarás, lo analizarás mejor que yo, que no sabría hacerlo... Tú me dirás qué cosa sería menester para combatir el mal que mina mi existencia, tornar a ser alegre, despreocupada y feliz... Tú me abrirás los brazos...

No sé lo que se agita dentro de mí; pero debe ser algo grave, pues he titubeado en confiártelo, considerándome reo de un delito, poseída de una vergüenza, de una inquietud, de un temor inexplicable, como si tuviese un secreto que ocultar y todos fijaran sus ojos en mí queriendo descubrirlo.

¿Cuál podrá ser este secreto? ¡Mi Dios! Yo misma, no sabría decirlo... ¡Te lo contaré todo, todo! Si puedes adivinarlo, señálamelo, que yo te prometo afrontarlo, sea un mal o una tentación; te prometo ser buena, rogar a Dios que me dé fuerzas, me ilumine, y me ayude...

Heme analizado a mí misma para ver dónde reside, de qué proviene esta turbación; he pasado re-

vista a todos mis sentimientos, mis pensamientos, hasta mis ocupaciones, las personas con quienes deparó, los objetos que veo... No encuentro nada, a no ser que... Pero tú me creerás loca, riéndote de mí.

Te he escrito otras veces que nosotros hemos intimado con los señores Valentini. Anita es para conmigo una segunda Mariana... Mas tú me has hecho reflexionar que su hermano produce en mí un cierto efecto... Verdad: casi diría que me da miedo...

No, no estoy triste, Mariana.. ¡No me condenes! Es una extravagancia, una locura, indudablemente. Me figuro que, tengo culpa y procuro vencerme a mí misma... él es un excelente joven, lleno de atenciones hacia mi persona... No obstante, no sabría, explicarte la impresión que me produce... No es antipatía, ni aversión... sin embargo le temo... en ocasiones que lo encuentro, sonrójome, palidezco, tiemblo, querría huirle.

Pero después, él me habla, le escucho, permanezco a su lado... no sé por qué... me parece que no podré separarme... y pienso en el padre Anselmo, cuando desde el púlpito disertaba sobre la, fascinación del espíritu del mal, llenándome de miedo.



¡Dios mío! No, te digo yo, que esto sea lo mismo... Es un parangón. Querría poder explicarte la impresión que él me causa...

Con todo, es cultísimo con los demás, lo mismo que conmigo... y yo no estoy triste, ¡te lo juro! Conservo grata memoria de sus delicadas atenciones...

Uno de los días pasados, después del baile famoso, díjome en un instante que nos encontraríamos solos: -Yo le estoy agradecido, señorita. -¿De qué? -De haberme dispensado el favor de bailar juntos.

¡Cuán feliz me sentí! -Y pronunciaba estas palabras de manera tan insinuante, que embargó todos mis sentidos. ¡Dios mío! ¡cuán extremosos en sus cortesías son los hombres!... Ignoro por qué me dijo esto sottovoce... ruborizado... tal vez eso contribuyera a mi sonrojo... y no pude responderle, nada...

¡Vé a qué delicadeza llega él por darme gusto! En otra oportunidad me dijo: - ¡Qué bien le sienta esa túnica! - ¡ Me dijo eso!... ¡Maldita túnica negra!... No sabría explicarte el motivo... pero figúrome que no le agradaba gran cosa; me ruboricé, balbucí sin saber que partido tomar.

Me creerás una loca, y con sobrada, causa, pues no son ciertamente sus galanterías las que pudieron conmoverme de ese modo.

¿Por qué, cuando escucho su voz, me conturbo?  
 ¿Por qué, cuando encuentro fija su mirada en mí,  
 siento al momento encendérsese el rostro, y a ma-  
 nera de un calofrío en el corazón?

Oye, Mariana; creo haber hallado el origen de todo esto. En el convento nos hemos habituado a forjarnos idea tal de los hombres en general, y de los jóvenes en particular, que no podemos avistar uno de ellos sin la consiguiente confusión. ¿Cómo es, pues, que Judit, mi hermana, aparte de ser más joven que yo, no experimenta el más pequeño escrúpulo discurriendo con él? Al contrario, más bien bromea, ríe y habla extensa, y francamente, sin ruborizarse, mientras que yo, ¡si hiciera otro tanto, me parece moriría! No obstante... Dios me lo perdone... creo que por este motivo, por momentos, abrigo hacia mi hermana un sentimiento que se asemeja a la envidia...

¡Oh, Dios mío! ¡Llámame a Ti, a tu convento, entre la calma, el silencio, el recogimiento; serena mi mente, alumbra mi razón!

16 de noviembre.

Hallélo el lunes en el castañar. Luis, felizmente, me acompañaba. El llevaba su escopeta terciada en bandolera, canturreando a lo lejos antes de acercarse a nosotros. ¡Cuán dulce voz la suya! Lo reconocí al momento: el corazón parecía escapárseme del pecho, y hubiera deseado alejarme, huirle, a causa de mi frecuente turbación... Allí, su perro, viónos él primero, corriendo en derechura nuestra ladrando, y haciendo fiestas. Debía esperarlo allí, ¿verdad?... malgrado mi sonrojo y verme toda temblorosa. El debió haber advertido mi timidez. Se acercó y extendióme su mano; tuve que darle la mía, usándose aquí estrechar la mano a los hombres, lo que en mi opinión no es prudente... dándose cuenta él de que mi pobre mano temblaba...

Había que atravesar, de vuelta, a nuestra casa, la parte más enmarañada del castañar, y en el límite, que es muy rocalloso, abundaban las malezas y las espinas. Quiso ir en mi compañía y ofrecerme, el brazo. Temblaba de tal modo, que me insinuó: -Apoyaos con toda confianza, señorita; tropezáis a menudo.- Y era, verdad. Anduvimos un largo trecho

del camino guardando silencio, estrujando yo adrede con el pie las hojas secas esparramadas por el suelo con el pretexto de ocultarle las palpitations de mi corazón. Compadecióse de mi estado, e intentó romper aquel mutismo, diciéndome: - ¡Qué bello día! ¡qué hermoso paseo hemos realizado!- y suspiraba... Luego, Luis quejóse de que yo le pisara los pies... Después nos sentamos sobre un tapial junto a la viña, colocándose él a mi lado. Yo no veía más que la culata de su escopeta con que dibujaba sobre los terrones alguna bizarra figura. Allí colocó su enorme cabeza sobre mis rodillas sonriéndome con sus bellos ojos resplandecientes; lo acariciaba, y él, acaso agradecido, agitaba su cola. Su amo me dijo:- ¡Cuánto os quiere Alí! ¿Lo amáis vos?- No sé por qué aquella inocentísima pregunta conmovió todo mi ser, pareciéndome amar intensamente al pobre Alí... Acarició entonces a su perro... nuestras manos se encontraron, y sentí temblar la mía. Mi mismo silencio contribuía a aumentar mi embarazo. Buscaba una respuesta y no pude balbucir sino: - ¡Qué precioso vuestro perro, señor!...- No dijo nada más y suspiró. ¿Por qué suspiraría? ¡Pobrecito! acaso sea él también un desventurado. Efectivamente, desde hace algunos días nótoló más melancólico... y

en aquel momento que suspirara, sentí hacia él una infinita, ternura, no ya el sobresalto, de costumbre y sí más bien un sentimiento tan fraternal, que hubiera deseado ser como él, un amigo suyo, un hermano, para arrojarle los brazos al cuello y preguntarle qué cosa lo afligía así, confortarlo o compartir al menos con él sus penas.

¡Oh, sí! ¡son pecados capitales!... y quién sabe cuánto tendré que padecer al hacer la confesión. Otro mayor aun pesa sobre mi conciencia... una vivísima curiosidad... por conocer la causa que lo entristeciera así... ¡Somos tan curiosas nosotras las mujeres!... Pero entiende bien que no osé preguntárselo.

Desde aquel entonces, no lo vi más que de noche, junto a los suyos. No me atrevo ya a salir sola.

Coso muchísimo en mi ventana, y todos los días, al oír su voz o el silbido con que llama, a su perro, allá en el bosque, en que me imagino ver cruzar una sombra rápidamente entre la lejana arboleda, late mi corazón como cuando permanecíamos en silencio, uno al lado del otro, con las manos apoyadas en la cabeza del hermoso, perro.

Todas las ocasiones que lo encuentro, siento la misma turbación, y por eso evito verlo. Me acontece

a veces que no puedo escapar, ¡entiendes!... que debo disimular mi zozobra y permanecer allí. Cuando me mira, el corazón salta en mi pecho, y querría morir con tal de ocultar mi rubor... Paréceme que todos los ojos, fijos en mí, me interrogan por qué enrojezco... y yo, ¡Dios mío! no sabría decirlo... no lo sé. Por eso, apenas puedo aprovecharme del menor pretexto, corro a refugiarme en mi cuartito, a esconder entre las almohadas el rostro encendido, a llorar... no sé... pero pienso que el llanto me hace bien, aliviándome de un gran peso.

Días pasados, mientras me enjugaba los ojos, percibí una sombra en la ventana. ¡Era él, que, apoyados los codos en el alféizar, escondía la cara entre las manos... ¡Figúrate cómo me sorprendería! El también aparecía sumamente turbado. Quiso sonreír y creí que lloraba, tan triste se dibujó su sonrisa. Enseguida murmuró: -¿Por qué huísteis, señorita?- habría deseado que la tierra, abriéndose, a mis pies, me tragara. Por suerte llegó mi hermana. Tuve que hacer un esfuerzo milagroso para calmarme, o más bien para serenar mi rostro fingiendo, y fui a unirme a la comitiva, que se solazaba, en la explanada. Judit a su lado, le hablaba, reía, mostrábase tranquila, sin temblar...

¡Oh, el convento! ¡el convento! Eso es lo que necesito, pues está hecho para mí. Fuera de él, no existen más que inquietudes y sufrimientos.

Ve... me juzgaban triste... él uno de los primeros. Dios, que lee en los corazones, sabe que no estoy tal, que no soy culpable si mi timidez, mis hábitos tan distintos de los de ellos, me hacen aparentar aire triste. Mas ¿quién me creerá?... Ayer, en tanto volvían todos a casa, pues el fresco de la noche, se había vuelto molesto, él se me acercó, triste, pálido, tomóme de la mano, temblando de tal modo, que no me atreví a retirarla, toda confusa... y se expresó con su más dulce acento: -¿Qué os he hecho, señorita? ¿Por qué me huís?

¡Dios mío! ¡Dios mío! Hubiera querido postrarme a sus pies, pedirle perdón, decirle que se engañaba, que la culpa no era mía... Ignoro qué cosa le dije, qué balbuciera. Apareció Anita, me eché entre sus brazos y me deshice en lágrimas..

Mariana mía, procura hallar un consuelo para mí, ¡ayúdame!... ¡También tú me abandonas! ¡Soy huérfana, triste, desgraciada!... Ruega a Dios me haga volver presto a mi tranquila existencia, que en el apacible silencio de esos corredores se extinga el

soplo tempestuoso venido del mundo a turbar mi alma amedrentada.

Te he escrito con los ojos velados por las lágrimas; no sé siquiera lo que he trazado. Perdón y ámame, que bastante lo necesito.

17 de noviembre.

La otra noche, después que él me dijo esas palabras, penetré en la estancia donde se hallaban reunidos mis padres con los señores Valentini, tan conmovida, que todos lo advirtieron. Mi madrastra suscitó una escena; me reprochó que yo era una muchacha mal educada, caprichosa; que tan pronto me entregaba a excesos de alegría, como me dejaba dominar por melancolías injustificables. Mi padre intentó defenderme sosteniendo que yo estaría indispuesta.

Los demás callaban. Semejante suplicio duró casi una media hora. Cuando conseguí encerrarme en mi piecita., imploré gracias al Señor, rogándole fervorosamente me llamase a sí.

Pasé una noche cruelísima, sin cerrar los ojos... He interrogado mi corazón y estoy llena de miedo.



Mariana mía, si no me atemorizan el pecar y el dolor de mi padre, de Judit, de mi hermano, de ti... y de todos aquellos que me aman... quisiera morirme de cólera...

Adiós.

20 de noviembre.

¡Mariana! ¡Mariana!... ¡yo lo amo! ¡lo amo! ¡Piedad! ¡piedad para mí! ¡No me desdeñes! ¡soy asaz infeliz! ¡perdóname!

¡Dios mío! ¿Por qué este castigo tan severo? Blasfemo. ¡Oh, mi Dios!... ¡Cuánto he llorado! ¡Oh, Dios mío!... ¿Habrá alguna mujer más desventurada que yo?...

¡Lo amo! ¡Dolorosa palabra! ¡es un pecado! ¡un delito! pero inútil será que me engañe a mí misma. Subyúgame el pecado, pues es más poderoso que yo. He pretendido substraerme, él me ha aferrado, puesto sus rodillas sobre el pecho, arrojándome de faz en el lodo. Mí ser respira sólo aquél: mi cabeza, mi corazón, mi sangre. Véolo ante mis ojos en este instante que te escribo, en el sueño, en la plegaria. En vano pensar en otro; me parece que a cada momento asoma su nombre a mis labios, que cualquier palabra que profiero se convierte en el de él; cuando lo escucho, siéntome feliz; cuando me mira, tiemblo; quisiera estarle cerca en todo momento, y lo huyo; querría morir por él. Lo que siento por ese hombre es nuevo, extraño, atemorizante... es algo más ar-

diente que el amor que abrigo por mi padre; más intenso que el mismo amor purísimo por Dios!... Esto es lo que en el mundo llaman amor... lo he experimentado; lo siento... ¡Es horrible! ¡horrible!... ¡Es el castigo de Dios, la perdición, el anatema! ¡Mariana, estoy perdida,! ¡Mariana, ruega por mí!...

Ayer fue a Catania por asuntos de familia. Debíó estar de regreso antes del anochecer en el ómnibus de Trecastagne; dieron las nueve y aun no se le veía. ¡Imagínate qué aflicción la de su familia y la de todos nosotros! Los rumores que corren son tristísimos; no había quien no hiciese algún fatal pronóstico. Su madre y Anita lloraban; el señor Valentini estaba sumamente agitado, yendo a cada minuto a la colina que domina la viña, de donde puede descubrirse gran parte del camino que conduce a la aldea, por si su hijo hubiera deseado bajarse del ómnibus, según su hábito, y caminar a pie hasta aquí. La obscuridad era profunda; en el sendero nada se distinguía a más de diez pasos. Despacháronse dos mensajeros que indagaran la causa del retardo y anunciaran cuanto antes su regreso. El desolado padre llamábalo, de rato en rato, en alta voz, creyendo ser respondido de lejos. Aguzaban todos el oído, puedes imaginarte con qué ansias; esperaban un mi-

nuto, diez, la voz perdíase a la distancia, en el valle, y sucedía el silencio. Sonaron las nueve y media, ¡las diez! el sollozar era general. El señor Valentini salió a buscarlo, solo, en las tinieblas, como un desesperado, a preguntar a todos los viandantes, resuelto a no parar hasta dar con su hijo. Pero, ¡Dios mío! ¡si no se veía un alma viviente! y el más animoso caminante no se hubiera arriesgado a esas horas a transitar por el camino, vigilado celosamente por los aldeanos que hacen guardia, al cólera. Ese llanto me despedazaba el corazón; el silencio me aterrorizaba; la obscuridad me parecía plagada de fantásticas visiones. Encerrada en mi cuarto, arrodilléme a los pies del crucifijo a llorar y a rogar por él. De tiempo en tiempo suspendía mi plegaria, enjugaba mis lágrimas, reprimía mis sollozos para prestar atención, poniendo toda mi alma en ésta. En el exterior, sólo se oía a la distancia la detonación de algún tiro que me causaba sobresaltos, y el lúgubre ladrido de los perros. Volvíme supersticiosa. Pensé: cuando haya rezado cien avemarías seguidas oiré su voz. Dije cincuenta, todas en un aliento; después recomencé las restantes con mayor lentitud, creyendo que había dicho las primeras muy rápidamente, que el tiempo prefijado no era tan reducido y que Dios no acce-

dería a mi ruego por haberlas dicho completamente distraída. Cuando hube terminado las últimas diez, nuevamente comencélas, celebrando que me equivocara al contar... Recé las últimas dos, una por una, con pausas entrecortadas para escuchar... y me parecía, oír voces lejanas... presté atención, y... ¡nada!... ¡el silencio! Acto continuo me dije: si la primera que habla es Anita, él llegará dentro de un cuarto de hora... Después: cuando el viento haya agitado las ramas de los árboles diez veces consecutivas, estará aquí.

Las ramas se agitaron, continuaron efectuándolo y ninguno venía... Luego me pareció que me sofocaba, que mí cabeza se extraviaba, que la sangre circulaba impetuosa por mis venas impeliéndome a vagar sin rumbo como si estuviera loca desatada; encontraba que mi cuarto era estrecho, que el techo me aplastaba. Salí al aire libre. Me causaba daño ver llorar a esos padres afligidos, atentos ansiosamente al más mínimo rumor que proviniese de la campana, y susurrar quedos palabras falaces alentándose mutuamente. Fui a sentarme sobre el tapial, lejos de todos, en la obscuridad, los ojos ardientes, fijos en las tinieblas, que parecían disiparse con más deseos, escuchando el ladrar lejano de los perros y tratando

de adivinar si eran provocados por su paso. ¡Dios mío! ¡Qué padecer! Por momentos me imaginé que el corazón cesaba de palpitar... oí un ladrido distante, ladrido que me era conocido. El corazón comenzó de nuevo a latir tumultuosamente, a producir ruido cuando hubiera deseado sólo escuchar... ¡Nada! ¡nada!... acaso me había engañado... Enseguida oyóse otro más cercano, más claro; esta vez todos lo sintieron; era Alí que ladraba. ¡Es él! ¡llega! ¡es la voz de Alí!... ¡Ah!... Alí corría, se aproximaba, ladraba de gusto, nos daba la buena nueva, nos creía inquietos, asustados y venía presuroso... se oía el crujir de los sarmientos sacudidos en su brusca carrera; aun no se le veía, pero habría podido precisarse el punto por donde debía llegar. Parecióme que el corazón se me escapaba del pecho. Todos habían acudido allí, sobre el tapial, próximos a mí. Alí llega, salta el muro, no cabía duda, ¡es él! ¡es él! Me salta encima ladrando, festivo, todavía jadeante, conmovido también, ¡pobre Alí! Yo lo abracé, lo abracé estrechamente sintiéndome desvanecer, y estallé en un raudal de lágrimas.

Por último apareció el pobre Nino, pálido, muerto de cansancio, lánguido. Habiendo el ómnibus partido, antes que él, venía a pie desde Cata-

nia, sin haber logrado conseguir otro vehículo que quisiera hacer la travesía a esas horas.

Su padre regresaba con él, y lo besaba. Su madre y Anita lo aprisionaban en sus brazos. Todos lo festejaban; lloraban de júbilo. ¡Me habrá supuesto a mí egoísta y cruel, que corrí a encerrarme en mi cuarto a llorar, a reír, a sollozar libremente, a abrazar los pies del crucifijo, los muebles, las paredes!

¡Dios mío! ¿Puede haber un ser más infeliz que yo sobre la tierra?

Desde que estas tentaciones se han apoderado de mí, no me reconozco más. Mis ojos perciben más distintamente, mi imaginación penetra misterios que hubieron debido quedar ignorados para siempre; mi corazón experimenta, sentimientos desconocidos, que no habría sentido nunca, que no habría, debido sentir jamás; es feliz, cree estar más próximo a Dios, llora, se conceptúa pequeño, aislado, débil. ¡Todo esto es espantoso! Agrega insignificantes detalles que se convierten en torturas: una mirada, un gesto, una inflexión de voz, un pasaje; que él vaya a tal punto, en vez de a tal otro; que hable a una persona con preferencia a otra. ¡No me comprenderás; me tomarás por una loca!... ¡Dios mío! si lo fuese, cuán feliz sería. Es una duda conti-

nua, una ansiedad, un sobresalto, una dulzura indefinible. Añade además, la preocupación de mi estado, el remordimiento del pecado, la impotencia de luchar contra una afección que es más poderosa que yo, que me invade, me consume, me domina, y me torna feliz, subyugándome... la desolación de ser humilde, de ser cual soy... menos que una mujer, una pobre monja, un alma mísera, incapaz de apreciar lo existente más allá de los límites del claustro; la inmensidad de ese horizonte que, abierto de improviso ante sus ojos, la enceguece, la aturde... Yo me interrogo a mí misma si este amor, este pecado, esta monstruosidad, no es parte, del Criador... Querría, ser bella como dentro de mí me lo forjo; sorprendida por esta curiosidad insólita, dejo caer mis ojos sobre mi cuerpo y me entristezco al no hallar más que una tosca saya negra, cabellos echados hacia atrás, sin aliño, timidez que pudiera confundirse con simpleza... y me veo junto a otras jóvenes elegantes, graciosas, exentas de pecado, amando como yo... Me ruborizo de mí misma, de mi pudor... Y después... ¡aun no te lo he dicho todo! es otra cruz que llevo a mis espaldas; es el temor de que este secreto, guardado sigilosamente en el pecho, sea descubierto! ¡Temor de tu rubor, de tu palidez, del temblor de tu



voz, del palpar de tu corazón! ¡Figurarte que todo tu ser te acusa a ti misma, que todos se confabulan para espiarte... y sentirte próxima a morir de vergüenza, si esta desgracia, aconteciese! ¡Me escandalizo de lo que estoy escribiendo, de lo que tú leerás... tú que te indentificas conmigo!...

Y me lo impongo como una especie de penitencia... ¡Lo amo tan locamente y moriría de vergüenza, si él lo supiese! Querría arrojarle los brazos al cuello, morir a sus pies, y no osaría darle la mano por nada de este mundo... y si me mira, bajo los ojos... ¡Y en tanto, pensar que mi padre... que mi madrastra, que él, podrían leer en mi corazón!...

¡Dios mío! ¡antes hazme morir!... ¿ Y si te dijese que este temor no es absolutamente infundado?... que mi madrastra me llamó esta mañana, y observándome de una ojeada que parecía penetrarme hasta el corazón, me dijo: -Tú estás muy pálida y agitada de un tiempo acá; ¿qué tienes?- Yo temblé, balbucí no sé qué cosa, pero no supe qué decir. Ella, volvió a repetir con ese semblante que me causaba honda pena: -De algunos días a esta parte, me he dado cuenta de que se ha operado en ti un cambio radical. Niña mía, si los aires del campo te prueban mal, tu padre no persistirá en retenerte, permitién-

dote volver a tu convento.- Y acompañó estas pocas palabras con una mirada y un tono de voz tal, cual si deseara decirme: -¡Lo sé todo; conozco tu secreto!- Creí desfallecerme. Afortunadamente me hallaba sentada, de otro modo hubiera rodado por el suelo, y ella no advirtió que mis ojos se anegaban en lágrimas, porque en ese momento entró Judit, radiante de alegría. ¡Oh, mi desventurada madre, que reposas allá en el cementerio!... ¡Cómo me habría arrojado entre tus brazos, y te hubiera implorado perdón, bañada en lágrimas!...

Judit le dijo: -«Mamá, ¿sabes que los señores Valentini nos invitan a ir con ellos a la casita de los Bertoni, nuestros vecinos? Se bailará. Sé buena, vamos, ánimo, mamá. Iremos... ¡Qué agradable debe ser un baile aquí, en el campo! Y la adorada Judit acariciábala con tanta gracia, que su madre cambió inmediatamente su aspecto severo. La besó sonriendo y lo contestó una sola palabra: ¡Locuela!

¡Oh! ¡bendito el santo afecto de una madre, revelado en una palabra o en una caricia! ¡Bendita la dicha que nos proporciona el contento de los nuestros! Contemplélas tan bellas a ambas en ese instante en que el Cielo les derramaba sus dones, que

rogué a Dios por todos aquellos que, a la par mía, vense privados de ellos.

Judit fuese a emperifollarse brincando y cantando, y llamóme para, que la peinase. Tiene una magnífica cabellera castaña; y todos los días, cuando le desato los cabellos, al arreglárselos, pienso en el gran pecado que se cometería, destinándolos a ser cortados como los míos. Pero ese día, presa, de la mayor turbación, no acertaba a hacer nada bien. Hice y deshice un sinnúmero de veces sus trenzas y cada vez quedaba menos satisfecha, deshaciéndolas enojada. ¡Mi Dios! -exclamó.- ¡Parece que hoy tu lo hicieras a propósito! -Perdóname, hermana mía- le dije, - ¡yo no tengo la culpa! -No, es que probablemente te disgusta peinarme. -Oh, Judit, ¿ por qué dices eso? No, ¡ te lo juro! Lo hago lo mejor posible-respondí lagrimeando... Con todo, es buena mi querida hermana. Me miró sorprendida, encogióse de hombros, me tomó el peine de las manos y dijo: -Vamos, no hay motivo para llorar. Las haré yo. -Deseaba abrazarla, besarla, pidiéndole perdón para quitarme esa amargura del corazón. ¡Cuán cándida y recelosa soy! Ya era tarde, la esperaban solamente a ella; tuvo razón de impacientarse y decirme: -Pero ¡Dios mío! ¡dejadme peinar al menos!- Salí entonces

enjugándome los ojos. Anita me encontró en el umbral y me preguntó: -Y bien, ¿ qué haces? ¿ No vienes tú también? -¿Qué cosas se te ponen en la cabeza?-exclamó mi madrastra.-¡Una novicial... ¡Pues no faltaba otra cosa,¡- Nino, fijos sus ojos en mí, callaba; yo lo veía, aunque no lo mirara. Entretanto, se acercó mi padre, informándose del motivo de esos preparativos y de la fiesta. -¿Y tú?-me preguntó enseguida. -Yo me quedaré en casa, papá. -No, no; puedes venir tú también; estamos en el campo. -Padre mío, prefiero estar en casa. -Entonces te acompañaré. (¡Padre idolatrado! ¡él sí que me ama!) -¿Cómo? ¿y quién nos llevará?- prorrumpió su mujer. -Podrías ir en compañía de nuestros amigos. -Pero no mirarán con buenos ojos, tratándose de visitar por vez primera a personas que no son de confianza. María podrá perfectamente quedarse al cuidado de la criada y de la mujer del mayordomo. -Siguieron aún algunos diálogos, aunque mi padre concluyó después, por ceder a la voluntad de su mujer; pues tú sabes que el pobre jamás la contradice en obsequio a la paz.

Amiga mía, te confieso que, por primera vez en mi vida, experimenté el desagrado de ser excluida de una diversión por la cual todos anticipadamente se

mostraban halagados en alto grado... Y después... ¿quieres saberlo? He sentido un nuevo dolor... pensando que él podría haber visto a tantas otras hermosas señoritas, que habría bailado también con ellas... Pensando en estas cosas... mi ojos se han colmado de lágrimas...

Ahora estoy sola. Los he visto partir, alegres, cantando. Sólo él parecía melancólico. Me miraba como si hubiera querido hacerme, mil preguntas. Daba su brazo a mi hermana... ¡Qué bella la encontraba a Judit con su lindo vestido celeste, apoyada en el brazo, de él, riendo, charlando ambos!

Yo los seguí con la vista hasta doblar la senda, y desaparecer detrás del cerco de espino blanco que rodea el tapial de la viña. Por algún tiempo todavía escuché sus voces, sus risas, su algazara que me apenaba el ánimo... ¡Oh!

¡Dios mío! ¡cuán envidiosa soy! ¡cuán apesadumbrada me hallo!... Tuve que pensar en él para no estallar en sollozos; recordar su mirada fija en mí para no envidiarle... He quedado sola... Las estrellas comenzaban a brillar. Era una hermosa noche del otoño que perdura dulce y templado. La mujer del mayordomo ha encendido el fuego para la sopa, colocando a sus espaldas a su criatura. El marido,

de regreso de las viñas, puso su escopeta al lado de la puerta, y entretúvose en jugar con su chiquitín que lo mantenía sobre las rodillas. Todo respira calma, serenidad, paz. Solamente yo me siento inquieta, triste e infeliz.

¡Te escribo todo lo que pasa en mi corazón, y cuando las lágrimas me impiden ver lo que trazo en el papel, miro al cielo estrellado y la sombra de los árboles desde mi ventana; evoco esa fiesta, todas esas gentes alegres, que se divierten, que están próximas a él!... ¡pienso en él!... Y entonces no puedo escribir más, todos mis pensamientos giran en su torno; necesito verlo siquiera mentalmente, en tanto que danza y ríe con otra... y... adiós...

21 de noviembre.

¡Mariana! ¡Mariana! ¡llora conmigo! ¡rie conmigo! ¡abrázame! ¡El me ama! ¿no lo sabes?... ¡me ama! ¿comprendes?... ¡No puedo expresarte más! Tú entenderás todo lo que significan estas dos únicas palabras: ¡me ama!

En la noche de ayer, ¿recuerdas? tenía ante mis ojos esa triste carta, apoyada de codos en el escritorio. Las lágrimas caían silenciosas en el papel, y sin que le, advirtiera, empapábalo. De súbito escuché un rumor venido de fuera... el rumor de pasos...¿Sabrías explicarme por qué el rumor de ciertos pasos repercute en el corazón? ¿por qué impresiona todo nuestro sistema nervioso y paraliza toda la circulación de la sangre?... Levanté la vista... la ventana permanecía abierta, y detrás de ella había una sombra, una voz que me llamaba quedo... ¡El! ¿entiendes?... ¡Él!... Si no lancé un grito, fue debido a faltarme el aliento. -Perdonadme, señorita - me decía, - perdonadme, - sin agregar más. Yo no me atrevía a mirarlo: pero sus palabras descendían hasta lo íntimo de mi corazón, dulces como la, miel. -Vuestra madre es injusta y cruel con vos. Todos se

divierten allá y yo he pensado que estaríais aquí sola... ¿ Hice mal?- añadió después de una breve pausa, durante la cual habrá oído los latidos de mi corazón -¿me perdonaréis? - Entonces alcé los ojos hasta él y vilo con sus codos afirmados sobre el antepecho de la ventana, la barba entre las manos como otras veces lo contemplara. ¡El había pensado en mí y su voz temblaba!- ¡Señor!... exclamé, ¡señor!...- y no supe decir otra cosa. Luego exhaló un suspiro cual yo lo hiciera, y me dijo: -Escuchadme, María...- y calló, y se restregaba los ojos con sus manos, parecía que titubeara, ¡él, un hombre! Temblé toda, como si ese nombre penetrase por todos los poros de mi cuerpo. ¡Me llamaba María!... ¿ comprendes?... ¿Por qué me causaba tal emoción sentirme llamada, por mi nombre? -Escuchadme, insistió; vos sois una víctima.- ¡Oh! ¡no, señor! -¡Sí, sois víctima de vuestra situación, de la crueldad de vuestra madrastra, de la debilidad de vuestro padre, del destino! -¡No, señor, no! -¿Por qué, pues, os imponen profesar de monja? -Nadie me lo ha impuesto, señor... ha sido mi propia voluntad...- ¡Ah! -Y suspiró de nuevo, pareciéndome que se enjugase los ojos. No podía distinguirlo claramente, porque estaba, en las tinieblas, en el vano de la ventana, y



las lágrimas velaban mis ojos. -La necesidad, repliqué. - El no dijo nada. Transcurridos algunos instantes en silencio, me preguntó con voz algo ronca: -¿Y tornaréis al convento?- Dudé, pero repuse: -¡Sí! Calló de nuevo. Nada más dijo. En balde, esperé, esperé, largamente que me dijese algo; sequé mis lágrimas para cerciorarme si había partido: aun estaba allí, en el mismo sitio, en la misma actitud, solamente que había ocultado el rostro entre las manos. Esto me dio fuerzas y di un paso alejándome de la vela que me molestaba... Tú sabes cómo es de angosto mi cuartito; de un paso se llega a la ventana... El me oyó, e irguió la cabeza; noté que lloraba. Extendióme la mano sin pronunciar una palabra. Fue un instante de extravío, en que se nublaron mis ojos y mi mente se ofuscó y encontréme con mis manos entre las suyas. -María, decíame. ¿Por qué os iréis al convento? -¿ Lo sé yo acaso? Es indispensable, nací destinada a ser monja. -¿Me dejaréis, pues?... -y lloraba en silencio como una criatura, sin tener el orgullo de otros hombres que ocultan sus lágrimas. Creo que me sucedió lo mismo, puesto que halló humedecidas mis mejillas, lo mismo que mis manos... aunque éstas podrían estarlo por las lágrimas de él, que sentía caer gota a gota... y cuando estuve

sola y encerrada, en mi cuartito... repróchame, censúralo si gustas... pero yo besé mis manos todavía húmedas...

Permanecimos largo tiempo así callados. Solamente murmuraba: - ¡Cuán feliz soy!- ¡Yo también! -respondí casi sin advertirlo. -¡Ves, Mariana, llorábamos y no obstante éramos felices! Sin embargo, todavía no nos habíamos declarado nuestro amor. Tenía el corazón tan henchido de dulzuras, que no reflexionaba en nada, ni me avergonzaba estar con un hombre... con él... a solas, ¡de noche! No cambiábamos ni una palabra; nos mirábamos. Teníamos los ojos clavados en el cielo; y me parecía que nuestras almas se comunicasen a través de la piel de nuestra manos y se abrazaran nuestras miradas al encontrarse en las estrellas.

¡Mariana! Este don del Todopoderoso que alienta en la criatura, debe de ser grandioso, cuando todo ante El parece mezquino, el pecado como el delito, los deberes como las afecciones más sagradas... ¿Puede hacer éste un paraíso, de una sola palabra?...

Por hoy basta. Tengo el corazón rebotante de dicha, para substraerlo a ella. Escribiéndote, experimento aún las mismas emociones... Ahora

## HISTORIA DE UNA CAPINERA

siento necesidad de estar sola, soñar, pensar, ser dichosa...

26 de noviembre.

Cuán infelices las mujeres, amiga mía, al no poder ser árbitros de nuestra propia felicidad. Te he escrito una carta que hoy es una amarga ironía, que no puedo leerla sin llorar. Escucha: estábamos allí, en la ventana, silenciosos, felices, soñando. De improviso oyóse ruido; Vigilante ladraba. A continuación sintiéronse las voces de mi padre y de Judit. Bruscamente me eché hacia atrás y cerré la ventana. Temblaba toda como si hubiese cometido una grave falta. Mi padre me encontró en cama, tenía fiebre que me duró toda la noche. Judit no vino; la oía hablar en la habitación contigua; parecía irritada y de bastante mal humor. Al día siguiente me levanté tan pálida, que mi padre quiso enviar en busca del médico. Más tarde mi madre me llamó a su aposento, y en sólo mirarle el rostro sentí doblárseme las rodillas. Hablóme extensamente de sus deberes, de los míos, de mi vocación, de la necesidad de abrazar la que mi pubertad me imponía. Me habló de los peligros que una joven destinada al claustro corre hasta en las más simples relaciones, y concluyó por ordenarme que en lo futuro, cuando vinieran personas

extrañas a nuestra casa, aunque fuesen los señores Valentini, debería quedarme encerrada en mi cuartito.

¡Dios mío! ¿cómo soporté la tortura de semejante admonición?... pareciera que ella se gozase en punzarme con alfileres, en acusarme de un modo enigmático mil pecados, y ni siquiera me dio a entender hubiese descubierto, acaso, que Nino dejara el baile por venir en mi busca.

Más de una vez, mientras ella hablaba, me sentí a punto de desvanecer; pero ella no advertía mi palidez, mi temblor convulsivo, ni de que tuve que apoyarme, en el respaldo de una silla para no caer. Si se hubiera penetrado de mi estado, habría tenido consideración ciertamente, ahorrándome aquel suplicio. Cuando me hallé sola, me metí en cama; la fiebre me había atacado de nuevo; sentíame enferma y habría deseado morir.

Judit tampoco vino entonces. ¿Estaría resentida conmigo?... ¿Qué le hice yo, Dios mío?... Créíame ser como esos delincuentes de quienes todos huyen y a quienes nadie osa arrimárseles... Sonrojábame de la ventana allí presente, ante mi lecho, como una acusadora, inexorable. Esa soledad, ese abandono, causábanme daño; hacia la noche llamé a mi herma-

na, ansiaba verla, ser consolada.. Hasta a mi padre figurábamelo revestido de más seriedad que de costumbre. Judit acudió por fin, pero notéla bastante fría. Arrojéme en sus brazos, y me pareció que ese llanto que me producía el efecto de un bálsamo, la irritase. Ahora estoy sola. Figúrome que me huyen todos; maldígame a mí misma. Tienen razón, ¡soy muy culpable! Sólo Dios puede perdonarme: Dios contra quien he pecado amando una sola, criatura, aún más que a El...

Cose que te cose, me lo paso días enteros en la ventana, cuyas cortinas están corridas, y lloro cuando tengo la suerte de no ser observada y poderme desahogar... y los ojos me arden... El cielo está encapotado; los campos yermos; el murmullo del bosque me atemoriza; los pájaros ya no cantan... sólo de cuando en cuando, allá abajo, el búho que se lamenta... Me paso las horas muertas, cruzadas las manos sobre mis rodillas, mirando absorta a través de los cristales esos duros nubarrones grises impelidos hacia el poniente, y la copa de estos árboles que se mueven lentamente, sacudiendo sus hojas secas. ¡Es el invierno de la Naturaleza que aparece como el invierno en el alma! Así, mi Cariño se ha fugado ¡pobrecito! ¡he sido tan negligente con él! ha ido a

esparcir a alguna otra parte sus alegrías y melodiosos gorjeos, lejos del ambiente melancólico en que vivo sumida. Viene únicamente Vigilante de tiempo en tiempo a buscarme; quiere mi sonrisa, mis caricias; llega lentamente, como indeciso, inquirendo con su mirada si es indiscreto, después se detiene fluctuando, y menea la cola, y se lame el hocico, cual si quisiera darme a entender: -Perdóname mi insistencia- y se allega a colocar su cabeza sobre mis rodillas, manifestándome con esto que aun me quiere; cuándo se aleja lo hace tristemente, pero meneando todavía la cola, y se detiene en la puerta para despedirse.

Diariamente, escucho en la vecina, estancia las voces de los señores Valentini que conversan con los míos. Dos, o tres ocasiones percibí una voz que me penetraba en el corazón... ¡la suya!

¡El! ¡él! ¡siempre él! ¡siempre, este dardo atravesado en el corazón, la tentación en la mente, febricitante mi sangre! ¡él, perenne, fijo ante mis ojos, allí, cerca de la ventana, el rostro entre las manos!... ¡El acento de esa voz persistente en mis oídos, las manos constantemente húmedas de aquel llanto!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Otra veces he escuchado pasos en dirección a mi ventana, y el corazón quería escapárseme del pecho. Sentía vértigos, pesadillas, delirios. ¡Agótase mi llanto, el insomnio me desvela, no puedo rogar más!... ¡Oh, Mariana mía!...

¿Qué juicios se forjará de mí al no verme? ¿Sabrá que me ha sido vedado?... ¿acaso me maldecirá?... ¿estará contrariado?... ¿olvidaráse?... ¡Ve a qué nivel he descendido! Pluguiera al Hacedor borrarlo de mi memoria, y, sin embargo, enloquecería a la sola idea de que no se acordara más de mí. Suelo, al alba, estando absolutamente segura de no ser vista, abrir cautelosamente la ventana, de donde veo, allá a lo lejos, al fondo del valle, la casa donde mora, en que duerme quizá en ese instante; contemplar su techo, su ventana, el tiesto de jazmines, la vid que a guisa de dosel presta sombra a su puerta... Luego me entretengo en adivinar el punto del alféizar en que apoyará sus codos cuando abra su ventana, el terrón que deshará su planta, la trayectoria ideal seguida por su primer mirada, hacia mi ventana... pues el corazón me anuncia que aquélla será para ésta, que se imaginará cuanto he hecho mientras estaba entregado al sueño: pensar en él. ¡Eternamente en él! ¡en los sueños, antes de adormecerme, al abrir mis ojos



a la luz, en la plegaria! ¡Oh! ¡Mariana! ruega por esta infeliz pecadora, más débil que su pasión; envíame el escapulario de la Virgen del Carmen bendecido en Roma, tu áncora de salvación. ¡Deseo pensar en Dios, implorar la protección de la Virgen, me cubra con su manto misericordioso a las miradas del mundo, a mí, a mi vergüenza, a mi culpa, al castigo de Dios!

20 de diciembre.

He estado enferma, amiga mía, bastante enferma, por lo cual no te escribí. Fueron días en los que todos lloraban, en tanto yo rogaba a Dios me diera al menos la quietud de la inconsciencia. En torno a mi lecho contemplé todos esos rostros pálidos, esas lágrimas disimuladas con una sonrisa, más dolorosa todavía... mis ojos distinguían como en sueños, llenas de tranquilidad mis miradas... a todos los míos vi, a todos... ¡a él sólo no!... le habrán rehusado que me vea; no obstante, con la exquisita sensibilidad de los enfermos lo entreveía allí, tras la ventana, llorando, elevando sus preces... y mis ojos, de mirar fatigados, se dirigían hacia los cristales, a través de los cuales un rayo del sol invernal penetraba hasta mi mismo lecho. No sabría explicar lo que pasaba dentro de mí; hallaba más conformidad, me sentía mucho más aliviada bajo una atmósfera de paz y de serenidad; mi mente estaba constantemente fija en él, pero engolfada en tan dulce beatitud, que me creía vivir entre los ángeles; que uno de éstos llamado Nino, me cogía de la mano, pronunciando mi nombre; que entrambos con-

templábamos las estrellas como en aquella noche inolvidable.

Hace frío, llueve. ¡Qué triste su rumor, cuando azota los vidrios de la ventana! Los pajarillos, temblorosos, vienen a buscar refugio en el tejado; el viento arpegia en el castañar; aparte de estas manifestaciones melancólicas de natura, reina el silencio. Por primera vez he abandonado mi lecho, vacilante, decaídas mis fuerzas. Si me vieras cuál te escribo, reclinada en un montón de almohadas, deteniéndome a cada instante para tomar aliento, enjugarme la transpiración de mi frente... y sin embargo, ¡la temperatura es glacial! La cabeza me pesa, tiémblame el pulso, el pensamiento tórnase obscuro, confuso. Me dijeron que habías venido a buscarme... ¡No lo recuerdo, Mariana mía! Habrá sido uno de esos días en que la conciencia no me pertenecía. Este diminuto aposento en que he sufrido tanto, mi camita, mi crucifijo, estos muebles, me forjan la ilusión de que son parte integrante de mi ser. Pasé, en verdad, horas sin término en la inercia, desesperante de la convalecencia, fantaseando no sé qué, embebida en los objetos de mi cuarto; tanto es así, que la forma de los muebles, y la fisonomía, si cabe, de las paredes, me son queridas. Dicen los médicos que

ahora sigo mejor. ¡Loado sea el Señor! Pues es menester alabarle de continuo a Él, que nos dispensa beneficios sin cuenta, el bondadoso Dios!... Mi padre, Judit, Luis, tú y Anita, os hallaréis todos contentos... ¡y él!... ¡también él!...

¡Cuánta dicha encierra el retornar a la vida, cuando se ha estado a punto de perderla! Aunque más no fuera que para poder contemplar esos rostros risueños, recibir sus caricias, sentirse amada, para mirar el cielo azul, oír el silbido del viento, la lluvia caer, el piar de los pajarillos, ateridos de frío. Antójase todo nuevo y encantador; parece que la mente, cansada, desplegara sus alas, y a medida que el pensamiento vuela a posarse sobre un objeto de nuestra predilección, experimentase inefable placer al encontrarlo más vivo en su recuerdo. Amase todo; ¡elévase hosannas al Eterno! A porfía dispútanse mi mano, descarnada y pálida, la oprimen, la besan... ¡sólo él no! ¡sólo él!

Me he levantado a abrir la ventana, sumamente débil, sosteniéndome en los muebles. ¡Dios mío! ¡cuán embriagador todo lo que veo, malgrado el frío reinante, la nieve cubriendo los campos como sudarios, los árboles despojados de su follaje, el cielo encapotado! ¡He vuelto a ver, a lo lejos, pasado

tanto tiempo, esa casita! la vid, el alféizar, la puerta... el jazminero ya no existe, perdió sus pámpanos la vid, yace cerrada la puerta, todo está impregnado de un aire de tristeza; no obstante créime transportada a la tierra de promisión... Me ha parecido que la ventana se entornaba... ¡mi Dios!... ¿tengo tan débil la vista?... Ví una sombra por entre las celosías... ¡El!... ¡él! ¡él es! ¡me ha conocido!... ¡me aguardaba! ¡Oh! ¡Dios! ¡es él, Mariana! ¿no lo ves? ¡es él!

26 de diciembre.

Por fin ha consentido el médico en que me asome a la puerta al mediodía, cuando haga buen tiempo. Dicen que hay necesidad de tantos miramientos a causa de mi delicada salud. Mi pobre madre también era de salud delicada y murió prematuramente. Ayer fue Navidad, la hermosa fiesta de Navidad que en el convento se celebra esa noche con cánticos de regocijo, y la tradicional misa del gallo... ¿recuerdas? Los señores Valentini estuvieron durante la novena a jugar con los míos. Les he oído hablar y jaranear en el comedor, donde chisporroteaba el alegre fuego, herméticamente cerradas las puertas, y escuchado mugir el viento y una que otra vez el granizo repiquetear en los techos. ¡Cuán felices debieron pasarlo allí, acurrucaditos, en tertulia constante, a cubierto del frío helado y de la lluvia que caía!

Hemos solemnizado hoy la fiesta con una opípara comida, a la que no asistieron los señores Valentini... por causa mía, lo he comprendido, evitándome me encontrara con él. La fiesta transcurrió sin alegrías, comparada con la excelente del día onomástico de mi padre.

Lucía esplendoroso el sol en la mañana. Salí un momento a la puerta, arropada profusamente en capas y chales, sirviéndome de lazarillo mi padre. ¡Cuán alegre y sonriente la Naturaleza! el azul purísimo del cielo, el sol dorado, las nieves en que estaba envuelto el Etna, el mar cerúleo, los vetustos campanarios de las aldeas blanqueando entre los árboles, los campos de esmeralda contrastando con la blancura de la nieve, el bosque silencioso, pues no soplabla la brisa ni tenía más hojas de que despojarse, la explanada donde otrora tanto bailáramos y jugueteáramos, las gallinas hurgando entre la paja, la cabañita, humeante por la nieve al sol derretida, los pajarillos que gorjeaban en el techo, Vigilante echado sobre el umbral al calor de los rayos solares, la mujer del mayordomo extendiendo a secar la ropa lavada, en las ramas del castaño desprovisto de hojas, y canturreando al dirigir una mirada de inefable dicha materna a sus dos chicuelos entretenidos en el umbral de la puerta...

¡Bendito sea Dios! Mil veces sea alabado por la alegría, la felicidad que da al ave canora, a la hoja naciente, al reptil que se calienta, vuelto de dorso al sol que brilla, a la madre, que amamanta, el fruto de

su amor, a la pobre alma mía entusiasta y agradecida.

¡Qué presto llega la noche en el invierno! ¡Hubiera deseado continuar a la intemperie largo tiempo, aspirando ampliamente el saludable aire fresco de que tanto necesitan mis pulmones y mi pecho exhaustos; y conducida lo mejor posible, apoyada en el brazo de mi padre, hasta el linde del umbrío castañar, en que pasara tan felices horas! Sentarme sobre el tapial que el musgo ha tapizado de verde. Hacía frío, dábame su postrer adiós el astro del día en su ocaso; del fondo del valle ascendía una sutil niebla, los pájaros habían ya, enmudecido... ¡Cuán melancólico el crepúsculo en la estación invernal! ¡Mi padre quiso que me entrase y me recogiese en el lecho a la precisa hora en que quebraba sus rayos en los cristales de mi ventana, la más espléndida luna nunca contemplada. A lo menos habría deseado disfrutar de esa hermosa luz, pero también cerraron las celosías. Enferma estoy, ¿entiendes? el ábrego es glacial... luego, entonces debo guarecerme...

Esa noche esperaban a los señores Valentini a cenar. ¡Qué espléndida noche la de Navidad! También aquí, en esta soledad, toma aspecto de fiesta: el buen campesino retorna cantando de la llanura para



fare il Natale acompañado de su familia, el fuego chisporrotea en el brasero y danzan los zagales al compás de la cornamusa. Presencí en la cocina los preparativos de la cena, la leña en los fogones puesta, las bujías y los naipes prontos en la mesa; en una mesita cerca de la ventana, un plato repleto de confituras y algunas limetas del licor de rosa. Todo el alegre aparato de una vigilia de Navidad a pasarse en familia. Conté las sillas dispuestas en torno de la mesa, eran ocho... la mía, suprimiéronla... Miré, sin embargo, el lugar donde acostumbraba sentarme, y la que él ocupara junto a mí cuando hojeaba mis cartas.

He pensado en todas estas cosas hallándome en cama absolutamente sola, en mi pequeña habitación obscura, silenciosa, de un aspecto tétrico. Habría deseado adormecerme, no sentir esas conversaciones, esas voces, esa algazara próxima a mí... Pasé la noche agitadísima, sin poder conciliar el sueño. Creo tener fiebre todavía. ¡Me hallo tan débil! Con tuve la respiración toda la noche, a fin de percibir las palabras de él, adivinar por el acento de su voz si se sentía triste o gozoso. Lo oí tres veces; la una, dijo: gracias; la otra: a mí me toca; una tercera: se-

ñorita. ¡Si imaginarte pudieras cuanto contienen estas palabras! ¡explicártelas!

Jugaron hasta la media noche. Yo los escuchó desde aquí. Sentáronse después a la mesa... Domíname ya el cansancio, mi cabeza vacila... Te he escrito distraendo mi sueño... por hacer algo yo también...

Mejor será que hablemos de ti... ¿tuviste una buena Navidad? ¿estás satisfecha? ¿eres feliz?

Quiero ensordecirme; sacar fuerzas de flaqueza, sobreponiéndome a mí misma estos últimos días; quiero afrontar esta prueba severísima. ¡Dios misericordioso me ayudará! Escíbeme, escíbeme. En breve, quizá, nos veamos, y para entonces, ¡cuántas cosas tendré que comunicarte!

30 de diciembre.

¡Oh, Mariana, Mariana mía! ¡cuánto he llorado, cuánto he sufrido! ¡Los señores Valentini partirán mañana! ¿entiendes? ¡No más cólera! ¡no más nada!... ¡se irán!...

¡No lo veré más!... Por casualidad lo supe, breves momentos ha. ¡Ni siquiera tuvieron la compasión de decírmelo!...

¡He creído morirme, he reprochado a Dios el haberme restablecido la salud! Lloré toda la noche. Tengo el pecho sumamente dolorido. En ocasiones he sollozado tan fuerte, que temo me haya oído Judit.

¡Soy una desvergonzada! no puedo contenerme, prima en mí un solo pensamiento; restringida en mi libertad, como una loca, válgome de la mujer del mayordomo para obtener noticias. ¡Es para mañana la partida! Vino él a despedirse de mi familia, y me impidieron lo viera, al menos por la postrera vez... y no lo veré más... lo ignoré hasta entrada la noche, ya obscuro... cuando me era imposible descubrir y saludar la casita, en que él dormiría la última, noche...

¿Qué gentes son estas, Dios mío?... ¡faltos de corazón, de piedad y de lágrimas!...

¡Qué noche! ¡qué noche de martirio! ¡Cuán pequeño este cuartito, cuán llenos de su recuerdo estos lugares! Toda la noche la lluvia ha azotado los cristales, el viento sacudido las celosías, el trueno parecía desplomar sobre nuestras cabezas el techo de la casa, y los relámpagos penetraban hasta adentro con resplandores siniestros... El miedo embargaba mis sentidos y no me animaba a persignarme... soy una maldita, una excomulgada, que hice caso omiso de todo menos de él... y más de una vez rogué a Dios, confiando que aquel huracán se prolongase, a punto fijo no sabía qué lapso, con tal que él no se marchara, con tal que permaneciese siempre cerca de mí... ¡sólo esto!... no verlo, no hablarle, pero tenerlo allí, en el fondo del valle, bajo aquel techo, tras de la ventana, enviarle mi saludo matinal, besar con la imaginación esos umbrales, esa tierra, ese aire... ¿Será demasiado esto, acaso? ¡Dios mío! ¡me conformaría con ello!...

¿Y él habrá pensado siquiera que yo muero por su amor? ¿que estoy débil, enferma? ¿No habrá llorado, sufrido, él también? ¿Por qué no vino un

momento, un solo momento, aunque de lejos a presentarse ante mi vista, a darme su último adiós?

¿Por qué no me hizo oír su voz? ¿no ha pasado por el bosque? ¿disparado un tiro al aire? ¿hecho ladrar su perro que me significara si lo quería bastante, y sobre la cabeza del cual había colocado su mano junto a la mía? ¡Dios mío, Dios mío!...

Te escribo desde el lecho, sobre un grueso volumen que tengo en mis rodillas. Acométneme de cuando en cuando calofríos, vértigos; pero sí no te escribiera, no podría seguir viviendo aislada, temería perder el juicio. Hanse agotado mis lágrimas y la angustia me devora. ¡Estoy poseída de una manía, una fiebre, un delirio! Esta lluvia que cae, este viento que silba, estos horrisonos truenos, estos relámpagos, me hacen insoportable la existencia; el techo me sofoca, las paredes me oprimen. Querría abrir la ventana, sentir golpear sobre mi frente la lluvia helada, aspirar este viento frío; querría desafiar la cólera celeste, la tempestad que brama, se tuerce, gime como yo. ¿Si me hubiesen prevenido, hubiera sufrido tanto?... ¿Por qué me han substraído al convento estas personas sin compasión? ¿Por qué no me dejaron morir allá, sola, sin socorro, de cólera, abandonada?...

¡Ah!... ¡Chitón!... ¡Escucha, Mariana!... ¿No has sentido?... Me ha parecido... allí, tras esa ventana, en medio del viento, la lluvia, el torbellino... un paso... ¡sí, sí, él es!... ¡él es! ¡Mi corazón se destroza! ¡Me tomo la cabeza con ambas manos, pues parece que hasta las ideas se me escapan! ¡Es él! ¿Qué hace? ¿qué quiere? Golpeó los vidrios... ¡Dios, Dios mío!... ¡quitadme la vida, quitádmela! ¡Adiós, me dice! ¡Él, él!... ¡y yo, y yo!... Qué pasa dentro de mí, Dios mío!... Tuve un acceso de tos... mi adiós... El lo habrá oído... No veo más... Me siento desfallecer... ¡Dios mío! ¡Si me encontraran muerta con esta carta, qué vergüenza!...

31 de diciembre.

Dios apiadóse de mí... he reabierto los ojos y encontrado todavía esta carta entre mis manos. Nadie la ha visto; la puerta continuaba, cerrada. El sol ilumina ya mi cuarto filtrándose por todos los intersticios de las celosías; los pájaros dejan oír sus trinos en el alféizar... ¡Cuán horrible la luz! ¿y la tempestad?... ¿pero y la?...

Me arrojo del lecho... Mi debilidad no me permite tenerme en pie... fáltneme alientos para abrir la ventana.

Sin embargo...

¡Dios mío, hágase tu voluntad!... ¡Todo ha concluido! ¡He visto la casa, muda, abandonada, cerradas las celosías, un aire de silencio y de desolación en su derredor que destroza el alma! He interrogado a este cielo que nos cobijara a los dos, a estos árboles cuyo follaje susurra sobre su cabeza, a estos montes que pocas horas antes fueron objeto de nuestra predilección, hoy solitarios, tristes, abandonados!...

¡Partió!... ¡partió!...

Ante mi ventana, en el suelo mojado por la lluvia y por la nieve, vi la huella de su pie... ¡su última huella!... Allí posó él su pie, este, alféizar fue tocado por su mano... ¡él ha estado allí, allí! Este ambiente rodeólo, y todo cuanto veo, también él lo ha visto... y ahora ya no está... ¡se acabó, se acabó!

Encontré sobre el marco una pobre rosa marchita que él intentara arrebatarme, y yo dejárale hacer. La lluvia deshoja sus pétalos. Conservaréla como una reliquia. La llevo aquí, en mi seno... y cuando las tijeras corten de raíz mis cabellos, prenderé a éstos sus despojos, y se los enviaré a mi hermana...



7 de enero de 1855.

Hoy es el último día que pasaremos en Monte Ilice. Por la mañana partiremos para Catania. Si tocamos en Mascaluccia, trataré de verte.

¡Vieras qué sello de tristeza caracteriza lo que me rodea! el cielo nublado, el aire frígido, el valle velado por densas nieblas, los montes cubiertos de nieve, los árboles deshojados, los pajarillos entristecidos, el sol pálido, una enorme bandada de cuervos negros graznando por los aires, los aldeanos ateridos alrededor del fuego en el hogar.

Los míos no podían aguantarse aquí, aislados, en esta estación cruel, y mucho más hoy que el peligro del cólera ha cesado, mi padre no ve el momento de marcharse. Me paso las horas pensando, distraída, apoyada en el marco de la ventana, cuando brilla esplendente el sol, u observando tristemente el cielo a través de los cristales.

¡Mi Dios! esta es la muerte... la muerte en la Naturaleza como la muerte en el corazón... como la de la desdichada rosa...

¡Y pensar que estos parajes bellos en demasía!  
¡que fui tan dichosa aquí!

Me he reconciliado con Dios, con mi vocación. Convencida de que la paz, la quietud, la tranquilidad no se encuentran más que allá, en la celda, a los pies de ese crucifijo; que todos los goces del mundo llevan consigo, en su fondo, un dejo de amargura... ¡todos!

Sin embargo, figúrome que una parte de mi corazón queda en estos lugares en que se deslizaron fugaces horas tristes y días deliciosos. En cada objeto que analizara pensé: ¡mañana no lo veré más! Esta tarde di mi último paseo por el bosque; me senté por postrera vez sobre ese tapial; contemplé la cabañita ubicada frente a nuestra puerta, y desde la ventana miré con un indefinible sentimiento de pesadumbre los árboles, los montes, las barrancas, el cielo en que moría, la luz del sol... y lo saludé en mis postrimerías, y asimismo a la piedra cubierta de musgo, al tejado hospitalario que me asila. Un velo de melancolía cubre todo el conjunto, melancolía peculiar que toma de los objetos nuestro espíritu, contristado al darles su último adiós... Y el mío será eterno. El año venidero, en que estos montes, hoy silenciosos y tristes, renazcan a la vida en plena efervescencia de rumores, de luces, de fragancias, en que las zagalelas entonen sus canciones en las viñas

y la alondra en los cielos, mis padres estarán de regreso aquí... Ellos volverán a ver estos parajes paradisíacos... ¡Yo no! Estaré lejos, recluida en el convento... para siempre.

Nuevamente volví a ver aquella casita... parece que llevara, que sintiera miedo, sola, helada, misteriosa, perdida en el fondo del valle. He cerrado mi ventana; he visto extinguirse el crepúsculo en los cristales y lentamente ascender las estrellas en la bóveda celeste; las paredes alumbradas por la bujía una última vez, revisten una apariencia singular; esa camita, aquel crucifijo, estos muebles, todos estos simples objetos inanimados Con los que me identificara, véolos tristes, cual si me diesen su adiós... Mi espíritu también está lo mismo... Lloré, y mi corazón pareció aliviarse de un gran peso.

Catania, 9 de enero.

Mariana querida, me habrás aguardado inútilmente. No tocamos en Mascaluccia, porque habríamos alargado demasiado nuestro viaje y además el tiempo estaba malo; sin embargo, ¡hubiera deseado tanto verte!... Estamos en esta desde ayer a la tarde, y mañana entraré en el convento.

Partimos de Monte Ilice como a las diez de la mañana, con el tiempo amenazando lluvia. Tanto diera; todo se hallaba listo para la partida y mi madre no hubiera querido desacomodar nuevamente los baúles y las valijas por nada de este mundo. Mejor que así haya sucedido. ¿A qué permanecer más tiempo allá? El mismo cielo parecía conspirar. No obstante, cuando salvamos el umbral de esa casita, anudóse mi garganta. Antes de alejarnos quise otra vez pasar revista a mi cuarto, la explanada, la cabañita del mayordomo, el tapial, ese hermoso castaño que extiende sus ramas sobre el techo. He abrazado las paredes, los muebles de mi aposento; abierto la ventana para escuchar el chirrido de los cerrojos, que al correrse, semejaban llanto; dado vuelta en derredor de la casa para mirar mi ventana

de frente como él lo hacía... tratar de adivinar el lugar en que él posara sus pies...

Todos rebosaban de contento, Judit, Luis, mi padre y mi madre; Vigilante brincaba, pobre animal, ignorante de que lo abandonábamos. La mujer del mayordomo, rodeada de sus criaturas que se le trepaban por el vestido, nos deseaba feliz viaje; un pajarillo, aterido de frío, vino a pararse sobre una ramita desnuda del castaño y púsose como a lamentarse él también.

Marchamos a pie; en el fondo del valle subimos en los burritos que nos tenían prevenidos para ir hasta Trecastagne, pues como tú sabes en estas montañas no se puede transitar sino a lomo de mula. De rato en rato volvíamos nuestras cabezas a mirar esos lugares que dejábamos. Al dar vuelta un recodo del sendero, allá en el valle, pasamos cerca de la casita... El sentimiento cegaba mis ojos; no obstante el menor detalle de ella se me grabó en la memoria. Su ventana tenía celosías verdes y le faltaba un vidrio; en el antepecho había un rastro de humedad en el sitio en que colocaba su tiesto de jazmín; el viento destrozó los sarmientos de las vides que treparan por su puerta esparramándolas por el suelo; en la explanada, delante del portal, veíanse

todavía vidrios rotos y algunos trozos de papel de cartas y de diarios deteriorados por la lluvia que el viento arremolinea; sobre el alféizar se hallaba una pipa rota. Aquellas cosas hablan y dicen: ¡No está más! ¡nos ha dejado! ¡estamos solas!

Ese era el sendero, por él recorrido, yendo a nuestra casa. ¡Cuántas veces lo habrá cruzado! Desde aquel punto podía ver nuestra, casita levantando su cabeza por arriba de los castaños, ¡Cuántas ocasiones la habrá contemplado!... Y cuántas posado su mirada en estas piedras cubiertas de musgo, sentado, con su lindo perro echado a los pies!... -¡Mariana! ¡mí corazón no soporta todos estos recuerdos!

Seguimos en burro hasta Trecastagne donde debíamos tomar el carruaje. El pobre Vigilante nos hacía, fiestas como queriendo irse con nosotros, ¿Qué podía hacer yo? Lo acaricié y, casi asomadas las lágrimas a mis ojos, vilo alejarse forzosamente, arrastrado por el mayordomo que lo había unido a la traílla.

Dirigí una postrera mirada hacia mi querido Monte Ilice y no distinguí nada, ni la casa, ni la cabañita, ni las viñas. Vi solamente una masa oscura,

informe, que es el castañar y el resto velado por la niebla y blanqueando de nieve.

Subimos al carruaje, y partimos.

Cuando entramos en la ciudad, el corazón me palpitaba aceleradamente. Sacaba la cabeza por la portezuela y me parecía reconocerlo a él en cada persona que veía... ¡Me habrán supuesto una descarada!... en cuanto divisaba un corrillo, no podía contenerme e inclinaba mi cuerpo fuera de la portezuela; conmovida, presentía, verlo allí... el carruaje pasaba rápidamente y el corazón se me oprimía, creyendo escaso el tiempo para haberlo reconocido entre esas gentes. ¿Quién sabe dónde vivirán los señores Valentini? Veinte veces esta pregunta ha asomado a mis labios, pero no he tenido el valor de formularla. ¡Catania es tan vasta! ¡No como aquellos queridos montes nuestros! ¡Allá sí, fácilmente se daba con una persona! Encuentro tétricas estas anchas calles; tristes todas las personas. Hemos llegado a casa, a la casa de mi madrastra, en que me sentía como una extraña, en medio de mi familia que besaba de contento sus paredes.

¿Sabrán los señores Valentini nuestra llegada? ¿Si vendrán? ¿Quién sabe si lo veré pasar por la calle?... ¡Dios mío! ¡es tan poco frecuentada nuestra

desierta calle! Nadie transitaba por estos apartados barrios... pero que... El podría... ¿Sabrá alguien por dónde se pasea él en estos momentos? ¡Y si me viese en la ventana!...

Mi madrastra me ha prevenido que mañana me presentaré en el convento. Creyó seguramente darme un gusto, sin presumir que a la noticia me invadiría un terror pánico...

Lo había olvidado... Pero es menester resignarse... Esa es mi morada. Dios me absolverá y derramará el bálsamo consolador sobre este débil corazón, que no debió, jamás apartarse de Él.

Volveré a ver mi celdita, mi crucifijo, mis flores, la capilla, las novicias mis compañeras... ¡a ti solamente no! ¡a ti no te veré más en el convento! ¡hágase la voluntad del Señor!... Tú vendrás, siquiera alguna vez, a visitar esta pobre amiga, demasiado infeliz... ¡Quién sabe si te podré escribir más, y desahogarme en ti... ¡Adiós! ¡Adiós!



20 de enero.

Te escribo un solo renglón que acaso sea el último. El carruaje me espera abajo. Mi padre, mi madre, Luis y Judit vistiéronse de gala para acompañarme.

Tengo mis ojos arrasados en lágrimas; las enjugo; aspiro una última bocanada de este vivificante aire libre.

Los señores Valentini estuvieron a darme su adiós... ¡El no vino! Abrazáronme. ¡Lloré a raudales con Anita!

¡Descenderé la escalera; subiré al coche, y en unos minutos todo habrá concluido!

Adiós a ti también... ¡Adiós! El corazón se me parte.

Desde el Convento, 30 de enero.

No he querido dejar transcurrir el mes sin escribirte. Habrás podido creer que yo me hallaba triste, atribulada, cuando al contrario, al pie de los altares, en la práctica austera de nuestro rito, encontré, si no la paz completa, a lo menos la calma del corazón.

Es verdad. Se apodera de nuestro ser una inquietud invencible penetrando aquí, oyendo cerrarse la puerta a sus espaldas, sintiendo de improviso falta de aire, de luz, y bajo estos corredores, entre este silencio sepulcral y las monótonas salmodias de las preces. Todo contrista el corazón y lo intimida: esos fantasmas negros que cruzan bajo la tenue luz de la lámpara encendida ante el crucifijo, mudos, deslizando sin ruido semejantes a espectros, las flores agostándose en el jardincito, el sol que lucha en vano por filtrarse a través de los opacos vidrios de los ventanales, las verjas de hierro, las cortinas de sarga oscura. Como un suspiro, vienen a morir a los pies en estos muros los rumores del mundo. Aquí todo se apaga sin estrépito. Considérome aislada, aun en medio de un centenar de otras abandonadas.

Hasta el consuelo de la familia me falta; védanme verla si no en presencia de numerosas personas, en una amplia sala a media luz, a través de una doble reja que defiende la ventana. Nuestras manos no pueden estrecharse efusiva, y mutuamente. La intimidad doméstica desaparece. No somos más que fantasmas que se hablan por entre celosías, y en ocasiones me interrogo a mí misma si ese es mi padre, aquel padre que me sonriera y abrazara; si aquélla es Judit, la que brincaba, conmigo; si eso otro es el mismísimo Luis, tan avispado como alegre. Se han transformado en personas serias, frías, melancólicas: me miran por entre las rejas de las celosías, semejantes a seres vivientes asomados al borde de un sepulcro, para contemplar cadáveres que se mueven y hablan.

A pesar de todas estas privaciones, estos severos preceptos de la regla, observados estrictamente, contribuyen a alejar el corazón de la fragilidad humana, a apartarlo, reconcentrarlo, darle esa calma serena que procede sólo de Dios y del espíritu; que así se abreviará nuestra peregrinación en este valle de lágrimas. Me he confesado. ¡He dicho todo! ¡todo! Aquel buen padre tuvo indulgencia para mi pobre corazón enfermo. Confortóme, aconsejóme,

ayudándome a ahuyentar el demonio de mi cuerpo. Me hallo más aliviada, más tranquila y más digna de la misericordia de Dios.

Mañana daré principio a mi noviciado. Quisieron diferirlo todavía por algunos días más a causa de mi salud delicada. Aun no me repuse del todo de la enfermedad que padecí en Monte Ilice. Cada dos o tres días atácame la fiebre, y la tos todas las noches. Mi Dios me dará fortaleza para soportar la prueba del noviciado. En adelante no podremos vernos sino contadas veces, ni podré escribirte, porque será difícil ver frecuentemente a Filomena, esa caritativa hermana laica, que se encargará de entregarte mis cartas. ¡Ni siquiera veré más a mi idolatrado padre!... ¡Cúmplase la voluntad del Señor!

Mariana, encomiéndome a Dios, para que yo afronte resignada esta nueva prueba.

8 de febrero de 1856.

Acabo de terminar el noviciado. Debido al estado de mi salud, siempre delicada, hanme acortado una dispensa. A menudo tengo fiebre, toso y mi debilidad es tanta, que la menor fatiga me rinde. Pero mi corazón está tranquilo, y este es el mayor bien que Dios haya podido otorgarme. Suele a veces rebelarse la Naturaleza, la tentación reaparece asaltándome; póstrome entoná los pies del altar y paso arrodillada la noche entera sobre el helado pavimento del coro; macero mi cuerpo con prolongadas abstinencias y disciplinas, y extenuadas mis fuerzas, la tentación cae vencida y recobro la calma.

Este año de prueba ha sido durísimo. Pero el buen Dios me hizo salir victoriosa. Vi partir a mi familia al reaparecer el cólera, el estío pasado; probé también lo que es el abandono de los nuestros... he estado en la terraza, a espaciar la mirada por esos bellos parajes que otrora me regocijaban... ¡Ay de mí! ¡tiempos idos!.. Tantas cosas recordará mi mente... Lloré, sí, es verdad, en un tiempo sintiérame débil, pero al fin alcancé el triunfo.

Todo aquí concurre a reconcentrar el alma, a excluirla, en absoluto de aquello que no concierna a Dios. Mal mi grado, hasta a los pies del Salvador, cuando me asediaban esas tentaciones... y recordaba nuestra casa, los campos, la cabañita, el fuego aquel en que cociera la sopa la mujer del mayordomo, me decía a mí misma si esa mísera campesina que mecía sus hijitos sobre las rodillas, sin mis tentaciones, sin mis escrúpulos, sin mis remordimientos, no estará más cerca de Dios que yo, que mortifico con mil privaciones mi espíritu rebelde.

¡Cuántas veces han pasado ante mis ojos esos montes, esos bosques, ese riente cielo!... ¡Cuántas he dicho: a esta hora se hallarán sentados en rueda bajo el castaño, o paseando por los senderos del viñedo; a esta hora Vigilante ladra, los pajarillos murmuran sobre el tejado!... y cuando despertaba de mi ensueño, notaba mi rostro bañado en lágrimas.

¡Y luego la imagen... la constante sombra; él allí... siempre allí, fija en la memoria... a los pies de la cruz, en medio de los feligreses que oyen la misa, en la cabecera de mi lecho, detrás de la cortina de sarga verde! la tentación que con sus garras me toma por los cabellos, distrae mi atención de la plegaria comenzada, provoca mi llanto y mi delirio...

A intervalos creí volverme loca, y agradecíle a Dios, porque los locos son seres irresponsables... El domingo, entre los fieles que asistían al templo, me pareció reconocerlo... Persignéme, corrí a echarme a los pies del confesor, asustada, gimiente; el excelente anciano trató de confortarme, y me indicó las penitencias necesarias a la remisión de mi alma manchada, castigos que reconozco ineficaces para una empedernida pecadora como yo.

Más, él hubiera podido concurrir a la iglesia una sola vez a lo menos... a oír misa... aunque no alzase los ojos hacia el coro... solamente para que se le viera... ¡El no debe estar ajeno al sitio en que me hallo y no ha intentado verme!

-¡Dios! ¡Dios mío! Perdóname, Mariana... ¡ve cuán culpable soy! ¡cuán desdichada!... Es el demonio tentador que me acomete cuando menos lo espero...

Infinitas ocasiones impetrando del Señor me librara del martirio de esta cruz, baja la vista, miré a la iglesia buscándolo a él, ávida, entre la muchedumbre, ¡y la plegaria espiró en mis labios! ¡mi pensamiento detúvose en él!... desvariando errátil por los campos, escuchando su paso, el golpe dado en la ventana, y contemplando las estrellas, tocando su

mano, acariciando la cabeza del fiel perdiguero, y sintiendo en mis oídos este nombre: ¡María! ¡como si descendiera, del alto cielo!...

Oh Dios mío, soy débil, debilísima... pero peleo, me defiendo... No tengo parte en esto, ¡Dios mío!... Es superior a mis fuerzas, a mi voluntad, a mi remordimiento y a mi misma fe.

Me escribes que eres dichosa, que estás llena de contento aunque lejos del claustro. Da gracias a Dios, Mariana mía, te haya conservado tu madre, que no nacieses en la indigencia, no te haya clavado en el corazón esta espina, no te haya constituido de temperamento débil, histérica, nerviosa, enfermiza.

Únicamente cuando esta materia vuelva a la nada, terminarán mis sufrimientos. Dominada por estas ideas, siento deseos de alejarme de este mundo a que obstinadamente nos aferramos, alzo los ojos y los brazos suplicantes hacia los cielos...

Hoy, nuevamente cerca de mi buena Filomena, que se apiada de mis dolores y me proporciona el consuelo de escribirte y de recibir tus cartas, te dirigiré alguna mía antes de pronunciar los solemnes votos. ¿Tú vendrás a la ceremonia, verdad?

Quiero dar el adiós a todos los seres queridos a través de las celosías, entre el humo de los in-



censarios y las armonías del órgano. Quiero que todos esos rostros amigos conforten en el grave trance a mi débil corazón; necesito fijar mis ojos en los tuyos y en los de mi padre, de mi hermana, de Luis, de Anita, en el momento en que, estridente, suene la tijera entre mis cabellos... ¡Cuánto miedo, cuánto miedo, Mariana!... ¡Cuánto les tengo a esas tijeras!... ¡Me atemoriza aquella perspectiva!..

¡Tengo miedo de él... si viniese a la iglesia ese día!... ¡Dios mío! ¡No, no! ¡débil soy, Dios mío!... ¡no! ¡por piedad!..

Verás juntos a mi padre, Judit, mi hermano, mi madre, Anita, los señores Valentini... ¡Dios mío! ¡hágase vuestra voluntad!

23 de febrero.

¡Mariana mía! ¡hermana mía!... Suponíame estar abroquelada contra el dolor, pero esto otro que reaparece me lacera, me anonada, me aniquila. Ahora siéntome más débil, más pequeña que antes. ¡Dios mío!... ¡Aun esto!... ¡Aun esto!...

¡Lo que he llegado a saber, Mariana! ¡lo que he sabido!... ¿Hubiera, podido imaginármelo nunca? Estuve más de dos semanas muy enferma. Levantada recién, te escribo, desahogándome en llanto contigo.

¿Qué guardo dentro de mi ser, tan mezquino, que gime, sufre y no puede sobreponerme a todas estas miserias terrenales, para elevarse a Dios?

Pero ellos hubieron debido ocultármelo... ¡Son sin alma!... ¡No! ¡más bien yo soy la débil, yo la culpable! Dios me castiga.

El señor Nino se desposará con mi hermana... ¿entiendes? ¡Han venido a darme la alegre nueva! Hacen una excelente unión... ambos son ricos... Judith siéntese dichosa y feliz... No he tenido la presencia de ánimo suficiente para rogarles prescindiesen de la visita de estilo... en que él les acompañaría...

No me siento con bastante energía para resistir sacrificio semejante... me matará...

¡Y él!... ¡él!... ¿lo tendrá?... ¡Ah! Imploraré tanto a Dios... por mí y por él... me flagelaré tanto... verteré tantas lágrimas, que Dios nos dará a los dos la energía necesaria para sobrellevar ese suplicio.

He llorado, hasta agotarme las lágrimas.

El pecho se me desgarró; mi cabeza desvaría; querría dormir; querría sobre todo, que el Señor me evitara este tormento...

¡Hágase la voluntad de Dios!

28 de febrero, a media noche.

¡Lorado sea Dios! ya he sufrido la prueba. Creí morir... pero paséla... Ahora, todo ha terminado...

La madre abadesa, y la directora de las novicias previnieron a mi familia como a las de todas las monjas de la comunidad. Aguardábamos nosotras en la amplia sala que precede al receptorio; colocóseme en medio de la abadesa y la madre directora. Estrictamente a la hora designada concurrieron. Sentí el golpe de la portezuela del carruaje al bajarse, sus pasos al subir la escalera y aproximarse a la reja... Me levanté vacilante... no se veía... Oí la campana, que me llamaba... La directora descorrió la cortina; me cogí fuertemente a ésta; dejéme caer sobre el banco de madera; distinguí confusamente en la verja de hierro, los rostros apiñados... pero no deben haberme visto; estaba obscuro. Todos hablaban. Pasado un tiempo, pude escucharlas.

Mi madrastra también... lo mismo, mi padre...

Judit callaba... así como él... Mi hermana llevaba el vestido y el tocado rosa, irradiando felicidad. El sentóse a su lado; tenía el sombrero entre las manos, alisándolo con el guante... No lloraba... creía soñar...

sorprendíame que no sufriese más... Después se levantaron... Mi padre dióme su adiós, mi madre, sonrióme, Judit me tiró un beso, Luis me pidió dulces... él inclinóse. Los vi alejarse... El iba al lado de Judit: en el umbral le ofreció el brazo... Pasados ellos, la puerta se cerró, los pasos se perdieron... no se oyeron más. El carruaje partió... sucedió el silencio. ¡Nada más!... ¡Nada!... ¡Completamente sola!...

10 de marzo.

Dentro de un mes fijo tomaré el velo. Se están haciendo ya los preparativos para la ceremonia. Me abruman de cariños. No transcurre un día sin que vengan mi padre y mi madre a verme. Hanse empeñado, en solemnizar este acontecimiento. Habrá música, fuegos de artificio, convidados. Mi padre siéntese satisfecho de que yo prenda stato, como él dice. Judit viene también de cuando en cuando. ¡Si vieras cuán bella la hace la felicidad! ¡Dios la bendiga!

Mariana mía, ¿tú igualmente te has unido en matrimonio? ¡Me escribes que eres venturosa! ¡Así sea! Pero en tu dicha futura, no te olvides de esta pobre amiga, menesterosa cual nunca de tu afecto. De cuando en cuando, cuando dispongas de tiempo, vén a visitarme. ¡Si te imaginaras lo contenta que paso en los escasos y raros momentos en que tengo la suerte de ver a las personas que me dispensan su afecto! ¡Tén presente que es un acto de caridad visitar a las pobres privadas de libertad!

Tú que estás en la luna de miel, que eres feliz, dime en qué consiste esa alegría, esa fiesta, ese goce

que disfrutará mi hermana; dime qué efecto causará en su corazón ver siempre inseparable de sí a su bien amado, exenta de escrúpulos, remordimientos, de temor, bendecida, celebrada, agasajada por todos; dime cómo debe ser la dicha de pensar en que ella le pertenecerá, como así él; que lo verá constantemente, a todas horas, escuchará su voz, apoyará su brazo en el de él, le comunicará al oído lo que pasa por su mente, que llevará su apellido, que el día, no lejano mecerá a su prole sobre las rodillas, les inculcará el afecto filial, y a rogar a Dios por él... Pensar que todo será motivo de regocijo, sin solución de continuidad. ¡Cuán magnánimo el Señor en prodigar felicidades sin límite!

Me he informado de que las bodas se verificarán el domingo... ¡Que Dios los bendiga!

Domingo, 29 de marzo, a media noche.

Mariana mía, te escribo desde mi celda, de noche, temiendo que mi lucecita pueda ser vista a través de las cortinas y me prohíban hasta el mezquino consuelo de abrirte mi corazón. ¡Qué día pasaré hoy, Mariana! ¿No cesaré jamás de sufrir?

Me hallo sola, trémula de frío; todo es silencio en torno mío; interrumpido apenas por el monótono tic-tac de un péndulo semejante al paso de un espectro que se paseara por los vastos corredores lóbregos. Pasé este día en el coro rezando, toda lacrimosa en presencia del Salvador. Sigo débil, fatigada, exhausta, pero un tanto más calmado el ánimo. ¡Domingo!... Comprenderás tú cuánto significa esta palabra... y no agrego más... ¡Hoy ha sido!...

Me han traído recuerdos de su celebración, ¡sabes!...

¿No tuvieron en cuenta mi estado enfermizo y lo perjudicial que me sería?

¡Cómo lo hubieran pensado! Los domina a todos el júbilo en un día memorable... Nadie es más culpable que yo, espíritu frívolo, de pobre naturaleza. ¡Qué fiesta habrá sido aquélla!...



Sin pegar mis ojos he pasado toda la noche... Ellos tampoco habrán podido conciliar el sueño, a espera del alba de este domingo... soñando, con la imaginación, en las flores, los lujosos vestidos de gala, la concurrencia, las faces risueñas...

Yo también me las he imaginado, pensando en todas esas cosas. ¡A Judit, radiante de hermosura, ataviada con su traje de novia, cubierta con velo blanco y coronada su cabeza de azahares!..

Y él... él que, dándole la mano, le sonreía... camino de la iglesia, seguido de gran séquito de amigos, de parientes, de personas íntimas... el altar profusamente iluminado, el órgano llenando de armonías las naves... Y después, postrados de hinojos, invocando al Altísimo como testigo de su dicha.

El Dios misericordioso le habrá hecho olvidar aquella noche en que me tomara de la mano, las palabras que me dijera, los destellos de esa estrella, la noche del vendaval en que fue a darme su despedida, el golpe en la ventana, el acceso de tos que me sobrevino...

También yo los he olvidado... Quiero olvidarlos...

Todo ha concluido...todo.

¡Ved que me resigno, Mariana, que Dios se ha apiadado de mí!... Desde mañana, con ejercicios espirituales, me prepararé para afrontar el duro trance. No podré escribirte, no veré más a nadie, ni siquiera a mi padre... Es la agonía.

¿Esos dos corazones afortunados se habrán detenido a pensar un instante en medio de la embriaguez de su felicidad en esta desdichada mujer que se muere aquí, sola, desamparada?

Ven a la ceremonia... Tendrá lugar el domingo 6 de abril. Otro domingo como ves... ¡solamente que éste será triste!... ¿Vendrás? Te aguardaré. Adios.

¿No te parece asaz melancólico este vocablo?

Sábado, 5 de abril.

Estas líneas, escritas de prisa, te recordarán que te espero, que necesito de ti, de todos vosotros; que he menester de energía y de valor.

Me trajeron el velo, las flores, el vestido flamante; un hermoso traje de novia. Se da mano a los últimos preparativos. Es para mañana...

¡Vieras qué inusitado movimiento, qué animación, qué júbilo! Todas las reclusas están de fiesta. Esta inmensa cripta adquiere vida, sólo cuando se abre de par en par para sepultar alguna víctima.

Es un lindo día de abril. El tiempo transcurrió triste hasta este momento; pero hoy brilla el sol hermoso. He subido a la terraza a aspirar el último sorbo de vida.

¡Cuántas cosas viera desde ésta, Mariana! los campos, el mar, ese inmenso conglomerado de palacios, el Etna más allá, al fondo... Todas estas cosas las veo revestidas de un aspecto lúgubre...

Hubiera deseado ver por última vez a Monte Ilice, nuestra casita, el hermoso castañar... No pude conseguirlo... no los veré más... anúdaseme la garganta de angustia...

Desde la calzada se elevaba hasta la terraza una verdadera batahola, ruido de carros, de carruajes, de voces, de gente trabajadora, en continuo vaivén... Todo, más o menos, ese gentío tiene sus ocupaciones, sus alegrías, sus penas; camina, trabaja, vive... Los pájaros volando hacia lo lejos...

Dentro de pocas horas, mañana a más tardar, mediará entre mi persona y esa vida palpitante que me rodea, un muro insalvable, un abismo, una palabra, un voto...

¿Cómo abreviar esta noche?... ¡Si tú estuvieras al menos conmigo!...

¡Llénome de temor!...

¡Dios mío, socorredme!

Lunes, 7 de abril.

¡Hermana mía! ¿Has escuchado alguna vez, venida desde ultratumba, la voz de los que fueron?

¡Óyela! Tu pobre María ha muerto. Me extendieron sobre el féretro, cubierta con el paño mortuario; entonaron el requiem, doblaron tristemente las campanas... Me parece que algo funerario flota sobre mi alma, que mis miembros están entumecidos. Dentro de mí, el mundo, la Naturaleza, la vida,

pesan más sobre mi alma que la lápida silenciosa del sepulcro.

¡Qué espectáculo, aterrador! ¡La muerte cer-niéndose entre el regocijo de la vida, entre el tumulto de las pasiones, el cuerpo a quien el alma abandona, la materia que sobrevive al espíritu!

Se me dilatan los ojos como a una sonámbula; dirijo una mirada a lo infinito, envuelto en la obscuridad, el silencio, esta quietud inerte... Contéplolo todo a inconmensurable distancia. Te diviso como una visión, allá en los confines de la realidad... ¿Es que te has desvanecido en el vacío, o más bien yo me he perdido en los mundos de la nada?

Todavía me hallo aturdida. Paréceme vagar por una cripta inmensa; que todo esto es un sueño... que no debe ser eterno, y del cual despertaré. Asistí a un acto patético, pero sin darme cuenta de que he sido yo el objeto de él... Creo más bien haberme hallado presente como tantas otras en un funeral, en una tocante ceremonia religiosa, que cuando esa música cesara, no doblando ya las campanas, se apagasen los cirios, desfilaran esos sacerdotes por la sacristía, todas esas gentes se levantarán para retirarse, también yo debía irme y no permanecer aquí, sola... dominada por el terror... Presencíé todos esos

formulismos imponentes que me oprimían el corazón, y ¿se trataba de mí? ¿Era yo quien moría?... Esa muchedumbre engalanada allí presente, esos tañidos, esas luces, ¿motivábalos yo?... ¿Y pude consentirlos?... ¿He consentido en morir?

Me vistieron de novia, con el velo, la corona, las flores; dijéronme que estaba bella, ¡Dios me lo perdone!... yo no quedé contenta hasta que él me hubo visto... De faz, frente a la reja de la iglesia me colocaron. Tú me viste; yo, a nadie conocí; rodeábanme una nube de incienso, murmullos, muchos cirios encendidos; henchían el recinto los místicos acordes del órgano. Después corrieron la cortina, me despojaron de esos hermosos arreos, quitáronme el velo, las flores, me pusieron la túnica sin que yo lo advirtiera. No oía ni veía nada... dejábales hacer, aunque temblando de tal modo que mis dientes castañeteaban. Pensé en el magnífico vestido de novia de mi hermana, en la ceremonia a que ella debió haber asistido libre de las zozobras que me invadían. La cortina volvió a correrse. Todas esas gentes aun permanecían allí, miraban, escuchaban, con una ávida curiosidad que me paralizaba, helándome de terror. Desataron mis cabellos, que sentí caer hasta mis manos estrechadas; recogieronlos todos en un

puñado... luego se oyó el estridor del acero... me pareció que me invadía la fiebre del miedo, pero era la sensación de frescura que sentía sobre el cuello cuando el frío de aquél se introdujo entre la mata de mi cabellera; de lo demás que aconteciera, sólo conservo una idea confusa. Mi padre lloraba. ¿Porqué lloraría? Vi a mi madre, a Judit, a Luis...

Al lado de Judit había otra persona en sumo grado pálida que me miraba con los ojos abiertos desmesuradamente. En ese momento el estridor de las heladas hojas, superaba el canto de los sacerdotes, los acordes del órgano, los sollozos de mi padre. Los rizos de mis cabellos caían de todas partes, en trenzas enteras... y las lágrimas brotaban de mis ojos... El órgano sonaba tristemente, las campanas parecían llorar. Extendieronme sobre el féretro, envuelta en la mortaja. Todas esas figuras negras me rodearon; me miraban pálidas, impasibles como espectros, salmodeando, empuñando cirios. La cortina descorrióse nuevamente. En la iglesia, repercutió el ruido de la gente que se marchaba... Me abandonaban todos... mi padre incluso... Los espectros me abrazaban, me besaban, sus labios eran fríos, sus sonrisas mudas.

¿Todo aquello significaba que yo moría? ¿Y bastará eso sólo para adormecer cuantos afectos bullen en mi ser? ¿para sofocarlos? Esa ceremonia, esas luces, aquel túmulo, las tijeras, ¿han tenido el poder de dejarme vacío el pecho, inertes los sentidos? ¿Cómo han podido hacerme descender viva a la tumba, renunciar a todos los bienes de Dios: el aire, la luz, la libertad, el amor?...

¡Todavía la tentación!... ¡todavía!... ¡aun después de muerta!... Pero también ésta morirá. Aquí, donde existiera el corazón, no hay nada ya. Son los últimos soplos de vida, es la lucha del alma que se resiste a morir. Pienso, gimo, me agito, sufro, pero esto durará poco. He pasado la noche entera desvelada, sin soñar, sin siquiera poder pensar. ¿Qué han hecho de mí? ¿qué cosa? He aquí lo que me preguntaba aterrorizada. Toda la noche allá, tras de la cortina fijo siempre ese rostro... el rostro de él... mirándome, mudo, palidísimo, los ojos desmesuradamente abiertos, al par que las tijeras sonaban sin cesar, estridentemente entre mis cabellos. Agótanse mis fuerzas para llorar: la nada me invade...

¡No, no es verdad! ese misterio extraño que se llevó a cabo no me ha aproximado a Dios... me ha lanzado en las tinieblas, en el vacío; me ha anona-



dato. No me explico qué cosa alienta aún dentro de mí... Es un silencio que me llena de pavor.

15 de mayo.

Te escribo desde mi lecho. Hállome bastante enferma. ¡Vieras, mi querida Mariana, cómo ha devorado mis carnes la fiebre! Cuando miro mis pobres manos lívidas y trémulas, creo ver circular mi sangre en sus venas, tan descarnada estoy. Siento un ardor, un escozor aquí, en el pecho...

Nótome hoy un tanto mejor y con fuerzas para escribirte. Querría charlar contigo y transportarme a aquellos días en que nos hallábamos rebosantes de salud y de alegría, todo lo que me circunda es tan triste, que mi corazón no tiene fuerzas para sonreír ni aun con los ojos cerrados y soñando en lo pasado. He sufrido cruelmente, pero el Señor me acompaña. Me han trasladado a la enfermería y esto me ha producido un intenso dolor. Siquiera en mi celdita rodeábanme tantos recuerdos que, aunque bien dolorosos, me eran caros; pero aquí todo se me antoja lúgubre, como si cada paciente dejara el espectro de sus sufrimientos... ¿Quién sabe cuántas monjas murieron aquí?... acaso en este mismo lecho que me deparó mi suerte... Y cuando en las interminables noches de insomnio en que la fiebre sube

más, sugiérome estas reflexiones, apodérase de mí un terror invencible, y veo fantasmas cubiertos de velos negros deslizándose por las paredes, levemente, haciendo vacilar la débil lucecilla de la lámpara del corredor... y tengo miedo, y oculto mi cabeza bajo las sábanas. Sollozo de la mañana a la noche recordando mi inolvidable cuartito de Monte Ilice, cuyas paredes me conocían y sonreían junto a mis padres, ese hermoso sol, ese aire, esos rostros amados... Y cuando mí afligido corazón tiene mayor necesidad de afectos y de consuelos, sólo ve en su torno los semblantes de los enfermeros, casi impasibles por la sempiterna costumbre de contemplar la desgracia. Hasta el rayo de sol que penetra por la ventana, lo veo pálido, descolorido, enfermizo. La primavera pasó sonriente por la tierra, sin enviar uno solo de sus vivos colores sobre este rincón olvidado, de penas y de miserias.

Ayer vi una mariposa completamente blanca, revoloteando hasta posarse al fin en los cristales de la ventana. ¡Tú, bendecida del Señor, que gozas del sol, respiras al aire libre a plenos pulmones, no podrás forjarte una idea del tierno sentimiento que puede producir la simple vista de una mariposa o el perfume de una flor, en el alma de una enferma! Fi-

guréme que todo el alegre cortejo primaveral, el aura perfumada, el verde de los prados, el canto matutino de la alondra, palpitan en derredor de esa mariposa, y hubiese venido para alegrar el dolorido refugio de tantas abandonadas. ¡Ay de mí! la leve mariposa, después de haberse detenido un segundo en la triste florecilla, que comienza a brotar en la hendidura del alféizar, se alejó batiendo sus alitas y perdióse en el éter purísimo... ¡era libre, alegre, y acaso viera todos estos rostros demacrados y todas estas lágrimas!

Dentro de dos o tres días espero levantarme por una hora o dos. Pondré todo mi afán en que me permitan volver a mi celdita... me substraigan a este lugar...

¿Quién sabe cuándo podré veros de nuevo? Me siento de tal modo extenuada, que me figuro no deberé levantarme más de este lecho.

Te he escrito en dos o tres intervalos, y no podrás imaginarte la fatiga que esto me ha ocasionado... No obstante, ha sido un gran consuelo para mí... el único consuelo que me resta. No querría jamás dejar de comunicarme contigo, porque entretanto lo hago, olvido mis sufrimientos, y que estoy aquí... y tantas otras malhadadas cosas. Pero hoy no puedo más. Te he escrito una extensa carta, ¿ver-

dad? demasiado extensa para una infeliz enferma como yo. Te costará algún trabajo descifrar la escritura, debido a que la mano está trémula; mas, tú que me amas, adivinarás lo que escribí... y aun lo que no haya escrito.

Necesito dar gracias a Dios hasta por esta enfermedad. Estoy como atolondrada. Paréceme soñar, y todavía no sé explicarme satisfactoriamente a mi misma en lo que estoy convertida... Cuando despierte, el buen Dios daráme fuerzas... Adiós...

27 de mayo.

¿Por qué todos me habéis abandonado, Mariana? ¡hasta mi padre! ¡tú también! Enteramente sola encuéntrome aquí, sufriendo, en este vasto corredor donde no llegan ni un rayo tibio de sol ni caras amables; me hallo en un estado tal como para inspirar compasión a las mismas piedras. ¡Moriré, Mariana mía; tu desdichada amiga se morirá aquí, sin verte ya... ni tampoco a su padre!

Creía encontrarme mejor; esperé abandonar este horrendo asilo. A pesar mío, he empeorado, y nadie disimula más a mi vista la gravedad del estado por que atravieso.

¡Si hubiera de morir, aquí, sola!... ¡La noche!... ¡Ah, cuán terrible la noche, Mariana!... ¡Las largas, inacabables horas no terminan jamás! Esa lucecilla mortecina, ese crucifijo, esas pinturas tenebrosas, esos lamentos reprimidos, el ronquido monótono de las enfermas que dormitan en los sofás. Abráso-me de sed y no me atrevo a turbar el tranquilo, reparador reposo a que se halla entregada la hermana enfermera, quien murmura la cuitada, cuando se la despierta a menudo. Intenté noches pasadas apro-

ximarme, arrastrándome, al velador para tratar de saciar la ardiente sed que me devoraba. Creía se me extraviara la razón a causa de la inmensa sed; pero apenas hube salido del lecho, caí por tierra desvanecida, produciéndome una herida de consideración en la cabeza. Me encontraron, al acudir, en un lago de sangre.

Triste, descolorida, sin sonrientes celajes, asoma la aurora. Llena de pavorosos fantasmas, aparece la noche. Pienso en mi padre, en mi familia, en todo cuanto endulzaría hasta los presentes sufrimientos, y lloro, lloro desgarrándose mi pecho. ¡Dios mío! ¿si me muriese?... ¿si muriese aquí, sin ver a mi padre?

¡Debe ser un aterrador momento ese, Mariana! Llénome de miedo al pensar que me veré sola, sin nadie que consuele mi aflicción... ¡Si al menos pudiera contemplar al autor de mis días! ¿No te parece una crueldad impedirnos satisfacer el anhelo natural de ver a los nuestros siquiera por vez postrera en tan supremo momento? El único alivio que tengo es escribirles, como te escribo a ti; ¿pero y cuándo no pueda hacerlo?... ¡Si mi padre estuviera al tanto de una centésima parte de lo que yo padezco!

¡Cuánto me cuesta escribirte! Durante los cortos momentos en que me siento más aliviada, es-

fuérmome en hacer dos o tres renglones; y me parece renaciera a la vida, a la que, te aseguro, me aferro, en el paroxismo de la desesperación: pero mi mano tiembla de tal manera, que no sabría yo misma releer lo escrito, teniendo, además, la cabeza tan débil, que no sé lo que digo. Diez veces vuelvo a recomenzar la carta, escribiendo en cada principio una línea apenas. Filomena, esa alma caritativa, viene a verme cotidianamente y me trae noticias tuyas. ¡Dios la bendiga por el bálsamo que derrama en el lacerado corazón de esta pobre enferma! No podría expresarte nunca cuán precioso es a mi alma desolada el más insignificante favor, el más leve signo de simpatía... ¡Tengo sed de ser amada, de amar... de amar apasionadamente, y la vida se me escapa como un soplo!...



3 de junio.

¡Oh, Mariana!... mañana me administrarán el Viático!... Entonces mi estado es gravísimo, ¿verdad?

No obstante, no creo hallarme a punto de morir.  
- ¡Dios mío, hágase tu voluntad!

Tras la ventana brilla aún, esplendente el sol; se sienten los rumores del gentío que se mueve, que vive... un rayo de sol penetró por los cristales, viniendo a dar sobre mi lecho...

¡Cuántas cosas evoca un rayo de sol!... ¡Cuántas verá e iluminará en este preciso instante... tantas alegrías, tantos dolores, tantas personas amadas y a él!...

Hay sobre el tejado un nido de golondrinas... para ellas también el sol resplandece.

¡Mi Dios!...

Pero, ¿moriré sin ver a mi padre? ¿No deberé verlo más? ¡Dios mío, Dios mío! Resígnome a morir, pero querría ver a mi padre por última vez... él no sabrá que me muero, ¡pobre padre!... ¿por qué no le habrán avisado?... ¿por qué no lo han llamado?... ¡quién sabe cuánto llorará! ¡Morir, morir en la

flor de la vida!... ¡Aun no he entrado en los veintiún años! ¡Oh, Dios!

¿Cuándo moriré? ¡Si al menos, expirara repentinamente! Esta agonía del espíritu, ¡cuán dolorosa!...

4 de junio.  
nio.

Me he confesado. ¡Qué terror, qué terror Mariana! ¡Todos estos preparativos me representan la otra vida y yo pensando todavía en él!... ¡su nombre suspenso en mis labios, mientras todas las hermanas arrodilladas en torno a mi lecho rezaban las letanías!

¡Qué lúgubre ceremonia! los cirios, la campanilla, el baldaquí, las salmodias...

¡Adiós, vosotros todos a quienes amo, padre mío, Mariana, hermana mía, mi Luisito... y tú, adiós!

¡Oh! Mariana... ¡dile que pensé en él, aun hasta en estos extremos de la vida!...

7 de junio.

¡Oh, Mariana, Mariana! ¡loa al buen Dios!... no he muerto... ¡tal vez viviré!...

¡Dios tendrá misericordia de mí y me concederá ver de nuevo a los míos!...

Me han dicho que hasta este anhelo es un pecado, y que es menester resignarse a los designios divinos... Pídote perdón, Señor, por este mi deseo; ¡mas es el corazón débil y enfermo!...

10 de junio.

¡Oh, Dios! ¡cuán misericordioso! ¡No moriré! el médico me encuentra algo mejor...

¡Viviré, sí, viviré! ¡Mariana!... ¡Dios así lo querrá! Completamente débil me siento... ruego... bendigo al Señor... y cuando veo el rayo de sol centellear en los cristales de la ventana, lloro poseída de ternura, y este llanto me produce una sensación de bienestar.

¡Oh, Mariana mía!

13 de junio.

¡Qué inefable dicha experimentaré en volver a ver a mi buen viejo y a todos los míos ¡qué de lágrimas! ¡qué consolación!...

Prohíbenme fatigarme; no te escribiré extensamente. De todos modos me faltarían fuerzas para hacerlo. ¡Si vieras a qué extremo se halla reducida tu desventurada María!...

Me recomiendan tranquilidad... pero, cómo impedir a mi mente desplegar sus alas de oro remontando el vuelo vagoroso, y pensar en todas esas cosas que afectan mi cariño... en el día en que descenderé al receptorio y los veré... y que mi pobre alma no quepa en sí de contento...

¡Y que después deban irse!... ¡y me dejen de nuevo aquí, sola!...

21 de junio.

¡Bendito sea Dios! ¡por fin vi a mi padre! Te imaginarás cuánto habré debido rogar al médico y a la madre abadesa para que me fuese concedida esta súplica. Ayer, por último, el excelente doctor me permitió salir de la enfermería.

Hacía un hermoso tiempo; mi pobre pecho, tan enfermo, dilatóse al aspirar la brisa vivificante de la mañana; Filomena me daba el brazo. Atravesamos el jardín bañado de sol y cubierto de flores... ¡tanto frío sentía en este cuartote semiobscurito! Las hojitas murmuraban apenas, puesto que la brisa no puede soplar libremente en este recinto cerrado por muros altísimos; la arena de los senderos crujía bajo nuestros pies; dos o tres mariposas revoloteaban de flor en flor...

No eran gran cosa, en verdad, ¡pero tú no sabes cuánto significan estas pequeñeces para una infeliz reclusa! Allá arriba, en una ventana del dormitorio, gorjeaba un canario dulcemente... aunque es cierto que enjaulado, ¡el pobrecito! y si pudiera comprenderlo, sabría quizá que él se lamenta... sin embargo, todos estos detalles insignificantes, que para la gene-

ralidad pasarán inadvertidos seguramente, constituyen tesoros inapreciables de dulzura para quien vive de recuerdos del campo, de los bosques, de la vida... y sentir al corazón, cuando no la mente.

Cerrando los ojos en este rincón de tierra, en este recinto claustral, podría engañarse una a sí misma que se halla en un convento o imaginarse rodeada de rientes campiñas, de luz, de aire... y ser libre. Pero la fría realidad nos muestra esos muros elevadísimos, con ventanales cerrados por celosías... y el corazón se oprime involuntariamente.

¡Mira qué loca, soy!... Y pensar que habría podido bastarme este apartado rincón de tierra, un pedazo de cielo, un vaso de flores, para gozar de toda la felicidad del mundo, a no haber disfrutado de la libertad y sintiera en el corazón la carcoma roedora de todos las dichas existentes extramuros... que, si me reagravara en mi salud, me trasladarían nuevamente a la enfermería, privándome de este reducido jardincito, de estas florecillas, de este sol que ya no viene a visitar a las pobres enfermas, pues hasta, sus rayos se entristecen...

¡Oh, Mariana! ¡lo que sentí cuando, presurosa, me adelanté hacia mi padre adorado, que me aguardaba en el receptorio! ¡lo que sentí cuando apoyé



mis manos trémulas en la verja!... no sabría explicarte, lo pálida y demudada que me vi, y el esfuerzo por reprimir las lágrimas; Luis lloraba también, y hasta Judit, y yo que tengo sensible el corazón, que estoy debilitada en grado sumo, que me deshago en llanto sin motivo alguno, rompí en sollozos que me aliviaron el alma. Habría deseado arrojarme en sus brazos, pero la rígida reja estaba allí, interpuesta entre nosotros, entre el padre y la hija que reían y que hace un momento estuvieron a punto de no verse más... No había comprendido hasta ese instante todo lo que de odioso tiene la clausura.

Cuando hubimos desahogado nuestras lágrimas, mi padre me interrogó sobre los más pequeños pormenores de mi enfermedad. Intentó sonreír, consolarme, y a intervalos los sollozos le cortaban la palabra, y las lágrimas caían sobre su barba gris, sin que él las advirtiese... ¡Cómo se me oprimía el corazón!... y que más bien debióme ser un día de fiesta ese... ¿no es verdad? Judit estaba allí, sumamente pálida, ella también lloraba; la miraba, mirábala como si observara en ella algo de extraño, de indefinible. Habría querido sollozar o llorar fuertemente entre sus brazos; y comprendiendo que su afecto me hería el corazón, mirábala no obstante, y

los ojos se me inundaban de lágrimas y a través de éstas el genio del mal me señalaba junto a su cabeza otro rostro igualmente pálido, muy pálido...

¡Oh, Mariana! es la debilidad ocasionada por mi constante sufrimiento; son alucinaciones producidas por el demonio... ¡Dios mío, ayúdame!

En medio de esas personas caras a mi corazón, en augustos momentos que me debieran ser sagrados, entre ellas y yo, destacábase la figura de la monja obligada a acompañarme, ajena e indiferente a esa alegría, a esas lágrimas, a ese dolor... ¿ No te parece que también el sentimiento tenga su pudor?... Estaba allí igualmente mi madrastra, que nos prohibía el dulce desahogo del llanto so pretexto de que me haría mal. Sobre todas estas cosas frías, duras, ingratas, los férreos barrotes de la reja parecíanme menos rígidos.

¡Breves como relámpagos, se deslizaron las dos horas, lapso de tiempo concedido para permanecer en el receptorio! Finalmente, llegó el momento en que esos seres queridos hubieron de dejarme. Devorélos con la vista hasta la puerta; pero, cuando fueron a salvar el umbral, se me paralizó el corazón y temí perder el sentido; llamé a mi padre a gritos, casi fuera de juicio, como si creyera no volverlo a ver

jamás; busqué un pretexto para retenerlo todavía por algunos minutos y no supe qué decir, y estallé en lágrimas. Lloraban todos y nadie podía pronunciar una palabra. Mi padre prometiéndome visitarme al día siguiente. Esta vez partieron en definitiva, y el ruido de la puerta que se cerraba tras ellos, repercutió en mi corazón; con mano convulsiva sacudía las rejas de hierro, fijos los ojos en la puerta cerrada... ¡Qué trances aquellos, Dios mío! Las monjas me ayudaron a subir nuevamente a mi celda, y cuando estuve sola, sin testigos, pude entonces postrarme de hinojos y desahogarme en sollozos.

Ahora me siento más tranquila. Di gracias al Señor por haberme otorgado la dicha de ver a mi padre; implórele perdón por estos sufrimientos que son un cargo de conciencia para mí, pues había aceptado voluntariamente esta vida de privaciones y de dolor, hecho voto de dedicarme por entero a El... y el mundo me ata aún con sus lazos tenazmente.

¡Dios misericordioso! ¿acaso es mía la culpa de carecer de fuerzas para destrozarlos?

Mariana mía, ¿no vendrás un día de estos a visitar la enferma? Vén, vén. ¡Tengo tanta necesidad de verte!



28 de junio.

¿Quién sabe qué pensarás de mí, de una monja que gime, se lamenta y te escribe subrepticamente? Examinándome a mí misma, conceptúome tan pecadora, tan aislada, que no alcanzo a comprender todavía cómo me haces tú la caridad de cultivar mi amistad... Mi pecado es monstruoso, en verdad, pero creo en mi desventura que hay algo más culpable que lo que yo pueda ser... y Dios me dispensará su perdón reconociendo mi inocencia. Estos son los momentos en que, si no te escribiese, se rebelaría todo mi ser prorrumpiendo en lamentos desesperantes...

¿Sabes, Mariana, sabes?... ¡el demonio de la tentación aun me fascina, esa serpiente permanece enroscada en mi corazón!

Cuando trato de disimulármela a mí misma y a ti, hablándote de cosas indiferentes, entonces me muerde con saña mayor, me tortura, desgarrá mis carnes con sus garfios envenenados.

Temo ser condenada; lidio contra el demonio, y éste se aferra más a mí... ¡me posee! ¡comprendes!... ¡me posee! Hoy que la enfermedad me ha debilita-

do, fáltame energía para la lucha. No querría morir, temerosa del infierno... y ¡amo mi pecado!...

¡Oh, perdóname, hermana mía!... Yo misma me horrorizo de lo que escribo, de lo que pienso... ¡No ruego más a Dios, pues no me atrevo a levantar la frente basta Él!...

¡Dios mío! ¿qué he hecho? ¿qué he hecho nunca?...

¡Lo amo siempre! ¡lo amo más que antes! ámolo hasta, el delirio... ¡y soy monja!... ¡y él es casado!... ¡esposo de mi hermana! ¡qué horrible! ¡qué monstruoso!... ¡piérdome! ¡soy una maldecida!... ¿Pero qué culpa tengo yo?... ¿Cómo he podido, merecer castigo, tan cruel? ¡Ahora que estoy sepultada viva en la tumba, este amor se ha trocado en un delirio, en cólera, en ira!... No recuerdo ya más de aquellos éxtasis paradisiacos, de aquellas alegrías desbordantes en el alma... Fija en mi mente, en mi corazón, ante los ojos, flota una figura espantosa que me abrasa de angustia y de pasión... Siento una voz que viene de ultratumba, que me llama... Escucha... ¡María! ¡María!... el nombre con que en el mundo me llamaban... Al presente María ha muerto... y tiembla toda, y el sudor frío corre por sus miembros paralizados, en tanto siente la garra acerada del demonio

que la toma por los cabellos, arrastrándola hasta los profundos abismos...

¡Ver a todas estas vírgenes purísimas, inocentes, postrarse de hinojos y rogar, y sentirse la única pecadora entre ellas! ¡tener que disimular el remordimiento, cuando más agudamente le agujijonea! ¡y que las más confortantes prácticas religiosas se tornen en instrumentos de tortura para la pobre mujer réproba!... ¡y estar obligada a engañar a Dios!... ¡oh!...

Todos los domingos ante el confesonario me arrodillo, pero, ¡ay de mí! no tengo valor de confesar mi monstruoso pecado... Forjo otros no cometidos, como en compensación al que no me atrevo a revelar: ¡el que escondo celosamente en el corazón, a la manera que una loba resguarda a sus hijos con su cuerpo!

¡Mariana! paréceme estar loca... querría arrancarme los cabellos, lacerarme el pecho con las uñas, rugir como una fiera, y sacudir estas rejas de hierro que aprisionan mi cuerpo, torturan mi espíritu, y excitan mi sistema nervioso...

¿Si realmente me volviera loca? ¡Tengo miedo!... ¡tengo miedo! Un calofrío corre por todo mi cuerpo; la sangre se hiela en mis venas.

Temo el fatal destino de la miserable sor Agata, que yace recluida, quince años ha, en la celda destinada a las alienadas. ¿Recuerdas su rostro descarnado, pálido, horripilante? ¿sus ojos queriéndosele salir de las órbitas, siniestros; sus manos huesosas, cuyas uñas afectaban formas de garra, sus desnudos brazos, sus cabellos encanecidos? Gira sin tregua en el breve espacio de que dispone, préndese a los barrotes de hierro y se asoma a la verja como una bestia feroz, semidesnuda; rugiendo y haciendo crujir sus dientes, impulsada por la desesperación... ¿Recuerdas igualmente aquella pavorosa tradición que se guarda en el convento, según la cual esa celda maldita jamás debiera quedar vacía, y que a la muerte de una desdichada loca siempre debía reemplazársela con otra? ¡Mariana! Lléname de terror la perspectiva de que yo sea la destinada a suceder a sor Agata, cuando el Dios clemente la llame a juicio.

Me encuentro febricitante. Yo moriré joven... ¡Oh, Dios no me señalará con ese estigma!... Siento miedo, horrorízanme esos cabellos canos, esos ojos, esa lividez, esas histéricas carcajadas, sus manos retorciéndose en las molduras de la verja... ¡Si yo me viera también así!... ¡Oh! ¡no, no!



Es de noche; reina doquier el silencio; la ventana de par en par abierta. Oigo que un mercader discutía con su consorte, y que finalmente le daba de palos... ¡feliz, feliz de ella,! Se oyen pasos en la calle de alguien que transita rezagado: ese alguien tendrá un hogar, padres, objetos queridos... ¿Por qué pienso en estas cosas que provocan mi llanto? ¿Será que soy enfermiza, que tengo debilitada la cabeza, que me siento culpable?... ¡Oh, la culpa! ¡no pensaba más en ella!

Doíme cuenta ahora de lo espantoso de mi pecado: se reproduce bajo todas las formas. El domingo estaba en el coro oyendo misa: sentía dentro de mi ser una gran tranquilidad, paz, serenidad... créame que al fin Dios, compadecido de mis infortunios, me perdonara; elevaba mis preces y tenía fijos los ojos en un hombre que se hallaba abajo, en la iglesia, reclinado en una de las columnas; medía su estatura, tenía sus mismos cabellos negros... un cierto aspecto que lo semejaba a él. Hubiera dado gustosa el resto de la vida que me queda, por haberle visto tan sólo elevar la mirada hacia donde me encontraba. Contemplábalo... por momentos me figuraba en mi quimera que fuera él, sin duda... y entonces la sangre bullía en mi cerebro

trastornándolo. Oficiada la misa, él se dispuso a marcharse, y yo suplicaba a la Virgen le hiciese levantar sus ojos hacia su santa imagen colocada cerca del coro, a fin de que yo pudiera reconocerlo; pero partió y no pude cerciorarme de si era él. Ignoro qué espacio de tiempo permanecí allí, como petrificada, absorta mi mirada en la columna sobre la cual, quizá, se había reclinado el desconocido.

5 de julio.

¡Quiero verlo! ¡quiero verlo! ¡una sola vez! ¡unos instantes, tan sólo!... Dios mío, ¿sería un pecado capital verlo? ¡Verlo solamente... de lejos... a través de la celosía! El no me verá; no sabrá que tras la celosía existe un ser que morirá condenado por su amor...

¿ Por qué me lo han arrebatado? ¿por qué me robaron a mi Niño?... ¡mi corazón, mi amor, mi parte de paraíso terrenal!... ¡Asesinos!... ¡asesinos! que, no conformes con la muerte de mi cuerpo, aun me martirizáis el alma...

¡Oh, cuánto lo amo! ¡cuánto! ¡Soy monja!... ¡lo sé bien! mas ¿qué me importa? ¡yo lo amo! él es el marido de mi hermana... ¡yo, lo amo! será un peca-

do, un delito monstruoso... ¡pero lo amo! ¡lo amo!  
¡Quiero verlo! ¡verlo, aunque sea por última vez! Lo  
esperaré en la ventana que da sobre la calle... espera-  
rélo todos los días... él pasará... una vez, una sola  
vez... Dios lo enviará por este lado... ¿Dios?

¡Oh, Mariana! ¡cuán aterradora es esta palabra!  
deliro, ves... me hallo fuera de mí... no sé lo que me  
sucede... será la fiebre... serán los nervios... acaso  
enajenada...

25 de julio.

¡Lo he visto, Mariana! ¡lo he visto! ¡Otro acerbo dolor más que agregar a los ya sufridos! ¡Bendito sea Dios!...

Él pasaba junto con otros amigos suyos... No ha levantado siquiera su cabeza... Tal vez no recordará que en este convento gime su María... su pobre María, de Monte Ilice, hoy pálida, llorosa, aterida de frío, moribunda, con él siempre presente en su corazón... los destellos que despedían mis ojos, no lo cegaron... hablaba, reía, puesto el cigarro en la boca, del que el humo subía en suaves espirales hacia mi ventana... lo vi, sí, sí, era él, su faz, sus vestidos, sus movimientos, y me atemoriqué de ese hombre que reía, que fumaba, conversando con sus amigos... ¿Cabe algo más horrible, más monstruoso?...

Después no lo vi más; desapareció en una de las bocacalles... Todos sus acompañantes continuaron paseando, conversando, iban a divertirse... y se olvidaron de él... ¿Dónde estaría? ¿dónde se habría ido?... ¿á su casa? la de mi hermana... ¡su mujer!...

¡Ah, querría convertirme en una fiera! ¡en el mismísimo demonio! ¡querría arrancarme en peda-

zos mis carnes! ¡envenenar en mi desesperación este ambiente que nos rodea! ¡obscurer con mi duelo este sol!...

¡Maldición! ¡caigan maldiciones sobre mí, sobre él, sobre todos!... ¡Oh, Dios, Dios! ¿Qué quieres hacer de mí?

5 de agosto.

¡Mariana! os imploro perdón, a ti, y a todos los que hayan podido ofender mis pecados, como lo he impetrado de Dios misericordioso. ¿Qué habréis pensado de mí, de esta empedernida pecadora, que pasa su vida postrada a los pies de la cruz, expiando con el llanto y la oración sus faltas?

Hemos hecho un curso extraordinario de ejercicios espirituales; se hizo venir un renombrado predicador; tronó el Eterno por su boca, medio de la semiobscuridad de la iglesia, cuyas ventanas veláronse con cenefas negras. ¡Cuán abrumadora es la palabra del Señor! ¡No! son mis pecados, es mi conciencia perdida, son los remordimientos que me la hacen parecer espantosa; pues el corazón me dice que la palabra de Dios es toda amor y misericordia sin límites.

¡Qué impresión me dejaron esas prédicas! es zozobra, es terror, dirías... Dios me ha parecido imponente; presencié la cólera divina fulminar desde el púlpito; sentí el rechinar de dientes de los demonios confundidos bajo el ábside, y vi proyectarse las negras alas del murciélago entre las arcadas del tem-

plo. Dios habló del infierno, de los condenados... y me creí oír toda la noche los lamentos de los desesperados gritos del otro mundo... y tuve miedo... miedo de mí, de mis propios pecados.

Hoy me siento dislocada... mi corazón intenta en vano substraerse, confiado en la misericordia celeste... mi pecado es monstruoso; ¿podría jamás ser absuelto? Ese orador sagrado platicó en términos vagos; enumeró todas las faltas, pero entre las más capitales que estigmatizará la cólera divina, no osó siquiera comprender la mía!... ¡su mente habrá temido tal vez la enormidad de ella!...

¿Qué habéis hecho, pues, de mi, buen Dios?... ¿no tendré acaso el derecho de invocaros?... Caida en el pecado... condenada por vuestra cólera, ¿puedo todavía escuchar vuestra voz celestial, puedo todavía postrarme a vuestros pies entre estas vírgenes, vuestras elegidas?

Mariana mía, ¡qué espantoso! ¡abandonada hasta del Señor! No obstante, el demonio de la tentación me deja comprender que soy una inocente: que no tengo culpa de mi falta, que Dios podría perdonarme... ¡Por qué estoy perdida!... ¿qué hice yo?...

¡El demonio es quien me sugiere esta duda amarga, el demonio que me posee!

Considérome una maldita; tengo miedo y me espanto de mí misma; heme aquí combatida de mil remordimientos, de continuos terrores; y, sin embargo, amo aún a mi Dios, querría desahogar a los pies del crucifijo la inconmensurable angustia que devora mi alma.

No podré, no podré... ¡soy una maldecida!...

¡La noche!... ¡si te imaginaras qué noches! la luz que se extingue, la sombra que vacila, los muebles que chillan, el silencio poblándose de extraños silbidos y rumores confusos, que producen profundos terrores, simulan misterios de sepulcros, rechinar de dientes de demonios, aullidos de condenados, batir de alas malditas; este vasto corredor, mudo, lóbrego; los muertos que duermen el sueño eterno bajo nuestros pies; la iglesia, esas lámparas, esos frescos murales, todo es funerario; vense en las paredes dibujarse figuras deformes, en el travesaño, a los pies del crucifijo, una calavera horripilante; siéntese miedo del aire que se respira, de la obscuridad que nos oculta siniestros ruidos, del espacio circundante, de las cobijas que cubren nuestro cuerpo... no me atrevo a llamar en mi auxilio por temor de despertar ecos que me infundirían mayores espantos; sentir rozar mis carnes por mil fantásticas visiones; el sue-



ño lleno de abominables pesadillas, angustioso; despertar frecuentemente en un grito, empapada en sudor y en lágrimas.

¿Por qué me causará tanto espanto esa homilía sagrada, por qué es tan temible la palabra de Dios?...

¡Oh, Señor! ¡Piedad también de la maldecida!...  
¡piedad, piedad de la condenada!...

17 de agosto.

¡Gracias, gracias, Señor! me siento revivir; purificar por tu perdón. He llorado, he rogado tanto, que mi miserable estado te ha movido a compasión; hoy resígnome, me siento más tranquila; no debo pensar más, ni tampoco permanecer más sola; pensar es nuestro mal, nuestra tentación. No os escribiré más, Mariana, pues al escribiros, tendré necesidad de recordar... ¡no quiero acordarme de ti, de mi padre, de ninguno!... Perdonadme, objetos queridos... el corazón es un mal consejero... ¡Si nos fuera dado arrancarnos el corazón, nos aproximaríamos a Dios!

¡Oh! el Señor me dará fortaleza!...

Si dejara de existir en este instante, creo que los ángeles agitarían sus alas de contento... Pero no, Mariana mía, pues hasta estas mismas ideas son un pecado: se debe estar en este mundo cumpliendo los designios supremos. Mi alma, acobardada y débil, a tan poco aspira, que celebra con punible sentimiento de alegría los rápidos progresos que de día en día hace en mí la enfermedad.

¡Si tú me vieras, querida Mariana, transformada en un espectro; si vieras mis manos, mí faz, mis

ojos, mi pobre pecho, convertido en una llaga viva por la fiebre que me devora, cual si dispusiera de garfios enrojecidos; si me sintieras toser y te hallaras cerca de mí, cuando los intensos dolores anonadan mi ánimo!

Será mejor que tú no me veas más, Mariana mía, que nadie me vea... ¡nadie! Casi diría, me afecta el pudor mi enfermedad. Mi padre encuentra siempre en su ceguera providencial mil razones que lo inducen a creer en mi mejoría, sin penetrarse de mi verdadero estado.

¡Mi Dios, mi Dios! ofrézcome en holocausto a Ti, tal cual soy, enferma, con mis debilidades, mis errores, mi pecado, protestando el amor infinito que te profeso. ¡Ten piedad de mí, Dios mío, piedad de mí! ¡Aléjame el pensamiento! he ahí la única súplica que te formulo, para vivir y morir signada, fija en Ti mi mente.

26 de agosto.

¡Oh, Dios mío, por qué me has abandonado!

Lo que me pasa, no tiene nombre, sentirse culpable, a tal extremo... ¡tener tanto miedo del propio pecado, y no poder extirparlo!...

¡Ese sermón, ese sermón!... ¡siempre esa terrible voz en mis oídos!... ¡Qué horror! Me imagino ver abiertas desmesuradamente las negras fauces del infierno, que me aguarda... me siento caída cual Luzbel en la inmensidad del piélagó vacío, abandonada de Dios... ¡y amo eternamente a Nino, los demonios me infunden terror, y sin embargo, pienso en él!... ¡oso levantar los ojos suplicantes hacia el ara santa, y pienso en él!... ¡mi imaginación puéblase de fantasmas, de llamas, de rostros que gesticulan... y me, sonrío, me abraso por él!... ¡por él, el pecado, la tentación, el demonio!...

Escucha lo que me ha acaecido, Mariana.

Hallábame sobre la terraza, sentada cerca de la capillita que adornábamos con guirnaldas de flores: el sol despuntaba; oíanse mil rumores, y el canto de los pájaros; el cielo aparecía, azul, el mar resplandeciente, se aspiraba un aire embalsamado de fragan-

cias que dilataban mi pobre pecho tan enfermo... yo meditaba, meditaba... ¡ved como se da maña para buscar el camino, este demonio tentador que llamamos pensamiento, e introdúcese insinuante y alve por todos nuestros poros y se clava ferozmente en el cerebro! Estática, contemplaba las florecillas que columpiaban a impulsos del blando céfiro, sus corolas cuajadas de menudo aljófara; el humo, que se elevaba de los senderos, en suaves espirales, la blanca vela, perdida en el confín del mar, el canto melodioso que ascendía desde la calzada regalando el oído. ¿Era un sueño? No lo sé. Dos mariposas aligeras, volaban una en pos de otra, de flor en flor; la una de áureas alas, de nívicas alas la otra... la blanca ocultóse dentro del cáliz de una hermosa flor, más nívica aún que ella, llena de premeditada malicia; y su pobre compañera buscábala, agitando sus minúsculas alas doradas afanosamente; ¡cuán gozosa, se estremecía al aproximarse a los pétalos de la encantadora flor! asomóse a la corola, miró, tal vez sonriera, y metióse en ella. ¿Qué se dirían, qué murmurarían, qué pasaría, en esas diminutas almas? ¿cuánta felicidad contendría la tenue corola?... Un pajarillo emitía sus dulces trinos desde la chimenea del techo que cubre la capillita, y sacudía su cuerpe-

cito, esponjándose con un movimiento tan rápido, que sus plumas, al reflejo de los rayos del sol naciente, semejaban pajitas de oro; en su expansión parecía decir: ¡venid, venid! como si se lamentara; ¿quién podrá saberlo? quizá lloraba, en realidad: ¿á quién esperaría, a quién llamaba?... Luego emprendió velozmente su vuelo, recto, seguro; ¿dónde iría?... ¡Era libre y volaba!... En una grieta del muro una pequeña, lagartija dábale su baño de sol; ¡si hubieras visto en su satisfacción al ágil animalillo! ¡cómo jadeaban sus flancos, y agitaba su cabecita, y brillaban sus ojillos! acaso bendijera esos rayos solares benéficos para ella, y esas gotas del rocío que los pétalos de las flores dejaban caer. ¿Quién para mientes jamás en la dicha que nos rodea, en la felicidad del miserable gusano que se arrastra por la tierra, en el átomo impalpable que flota en el éter? Oyóse a poco el ruido de un carruaje que se acercaba; los caballos hacían jugar alegres cascabeles tu sabes cuán simpático es el sonido de éstos; os traen reminiscencias del campo, de los verdes prados, de las polvorosas calzadas, de las floridas malezas, de las alondras que, ligeras, saltan delante las cabalgaduras... Se oía, el estridor de una roldana, y una fresca y argentina voz de mujer entonaba una de esas

canciones populares que, aunque sin sentido común su letra, conmueven sobremanera; tratábase de una criada que extraía agua de un pozo; ¿por qué rebozaría de contento? ¿en qué pensaría? ¿en su aldea natal? ¿en la misa del domingo? ¿en el atrio de la iglesia donde afluyen los jóvenes engalanados? ¿en la voz conocida que acostumbraba cantarle esa canción bajo su balcón?

Evócame todo eso recuerdos que una sola palabra resume: ¡Nino, Nino! Buscábalo con la mirada en torno mío y lo veía, lo veía en la ventana de una casa de las inmediaciones... ¡Era él, realmente él!... con los codos apoyados en el alféizar, la pipa en la boca, disfrutando de las delicias de una mañana hermosa. ¡Oh, mi pobre corazón, mi pobre corazón! No recuerdo bien si, vez pasada, me refirieron que mi hermana habitaría una casa próxima al convento, pero Dios alejó mi pensamiento de esa dirección... Hoy lo veo, allí, ¡oh, Dios! ¿por qué? ¿por qué?... ¿Qué huía? ¿qué pensaba?... ¿me perdonaba? ¡no, no! sus ojos giraban distraídos... y sin embargo, debió verme, con el vestido negro, mi blanco velo, los brazos tendidos hacia él... ¿qué tenía en su corazón aquel hombre? ¡qué llanto, qué llanto! ¡Oh, Señor! si me fuera permitido darte las gracias por el in-

menso placer de haberlo visto... ¡solo! ¡Oh! ¡Dios mío, no me permitas ver a mi hermana! ¡no me lo dejes!

¡Nino, Nino! ¡estoy aquí! ¡soy yo! ¿no me ves? ¿no recuerdas? ¿qué tienes? ¿qué te he hecho yo?... ¡Oh, mi cabeza! ¡Nino! ¡mírame! ¡vé cuán pálida estoy! ¡cuánto sufre mi pecho!... ¡Oh, Nino! ¡hazme la caridad de mirarme!

El se dio vuelta; distinguió una sombra tras de sí... un vestido... huí temiendo por mi razón vacilante!... ¡Dios, Dios! ¡qué espasmo! Corrí a refugiarme en mi celda como una fiera herida... ¡Oh! ¡qué llamas! ¡qué dolores! ¡Mi cabeza, mi pobre cabeza!...

¡Qué día, qué día horrible! ¡el fantasma fijo siempre ante los ojos; ese dardo clavado constantemente en el corazón!

Estoy medio loca. Siento algo que hace presa de mis carnes y me arrastra a la terraza... que me impulsa a ver de nuevo a aquel, cuyo solo recuerdo me lacera el corazón... Querría permanecer los días enteros allá y morir de dolor, con los ojos atentos a esa ventana.

He querido pensar en Dios, y Dios me ha parecido cruel; he querido pensar en ese sermón, y se me



ha antojado injusto. Todas las furias del averno desátanse sobre mi corazón... ¡Escucha, Mariana!... siente a la pecadora... ¡ya que deseo perderme, deseo condenarme!... De noche, mientras todos se entregaban al sueño, me fui arriba, a la terraza, con los pies descalzos, oprimiéndome el pecho para que las monjas no oyesen los latidos de mi corazón temeroso, ¡el bellaco! deslizándome entre las tinieblas como un duende. Ese trayecto duró casi una media hora: media hora de terrores, de ansiedades, de internas luchas; asustándome del más mínimo rumor, conteniendo la respiración en cada puerta que pasaba, dejándome caer desfallecida en cada escalón... ¡Si él hubiera podido auxiliarme!... Llegado que hu- be arriba, y visto las estrellas suspendidas sobre mi cabeza... y aquella ventana iluminada... lo que pasó por mi interior no sabría referírtelo... ¡Oyeme!... te diré lo que vi... sufrirás como yo... querría que todos los que adoro, así sufrieran... Daban las once... las campanadas vibraban agudas como el filo de una hoja... la calle aun estaba transitada... había gentes que paseaban, que reían; hubiérase podido oír las conversaciones que se cambiaban entre las más cercanas... En las tinieblas semeja la ventana iluminada un ojo ciclópeo abierto desmesuradamente... Pasé la

noche fantaseando miles de ilusiones, mirando a la distancia alguna luz que brillaba en cualquier vivienda lejana... tratando de adivinar todos los afectos, los cuidados solícitos, las rencillas domésticas que a mi desdichada alma parecían dobles motivos de la felicidad en el hogar; las conversaciones, las palabras que probablemente fluirían de sus labios en derredor de esa solitaria luz... Pero en esa ventana había una lámpara encendida... no podía mirarla, sin sentir inflamárseme toda mi sangre en las venas... ¡El, él, en su mansión, en su intimidad, en sus afectos, con toda la serenidad de la paz y toda la bendición de la familia! Ese cuarto estaba tapizado con grandes flores azuladas: junto a la puerta había una poltrona; más allá, sobre una mesita, objetos mil que no alcanzaba a precisar, pero de los cuales algunos relumbraban a la luz de la bujía... si quieres, imagínate el arca santa, pues no sabría describírtela de otro modo: cada uno de esos menudos objetos lleva impreso el sello de su mano; sobre esa poltrona se ha reclinado infinidad de veces. ¿Por qué estaría, vacía la pieza?... parecía tuviese miedo y me lo comunicaba a mí también... después abrióse una puerta y penetró una dama... ¡ella!... ¡mi hermana! ¡cuán bella estaba! podía tocar uno por uno todos

esos dijes, sentarse en esas sillas... Se aproximó a la ventana y apagó la luz... ¡cruel, cruel!... y se apoyó en el alféizar. Parecía me mirase... tuve temor de ese rostro vuelto hacia mí escudado de la sombra... escondíme presurosa detrás de la capillita... ¡Cómo temblaba! ¡cómo latía mi corazón! Pasado poco tiempo, retiróse bruscamente, y fue a abrir la puerta por la cual entró... ¡Era, él, él!... la tomó de la mano... besóla en los labios... ¡Dios! ¡Dios!

¡Dios!... ¡haz cesar mi martirio, quitándome la vida!... ¡maldíceme, si quieres!

¡Ay, Mariana! Tú no puedes suponerte la atroz tortura que impone refrenar la embriaguez, la ardiente sensualidad que nos domina... deber devorarse a sí, en la imposibilidad de apagar la fiebre que nos abrasa... he visto a ese hombre abrazar a esa mujer... ¡a ese hombre, Nino! ¡a ella, mi hermana! los he visto sentarse juntos, hablarse tomados de las manos, sonreírse, hurtarse recíprocamente los besos... he podido comprender la miel de sus frases vertidas, entreví, debido a un milagro de intuición, los más minuciosos detalles de sus impresiones fisiológicas, sobre todo, la expresión de sus ojos; nadie ha podido notar lo que yo noté... mis ojos, secos de lágrimas, dilatábanse; mi corazón cesó de latir;

un hedor de Satanás impregnábame... ¡Y este espectáculo duró casi una hora! una hora allá, con los pies desnudos, devorante de fiebre, trémula de espanto, respirando angustia, ira, a plenos pulmones... Me impuse este goce, esta cruel alegría que produce el efecto de flámulas de fuego, igual a la pasión, por verlo... y he pasado toda la noche con ese tormento, esa fiebre, ese delirio... ¡lo he visto!... ¿qué importa cómo? ¡lo vi! Pasé el día en la terraza bajo un sol ardiente que me calcinaba la cabeza descubierta, llena la mente de deslumbramientos, de turbación, de vértigos, y los ojos inflamados, el cuerpo abrasado de fiebre, sólo para conseguir verlo un instante cruzar de una pieza a otra, y nada más! ¡Ah, si el dolor matase!...

10 de septiembre.

¡Dios, quítame la vida! ¡Dios mío, arráncamela!  
¡hazme morir!

13 de septiembre.

¡Oh! ¡piedad, piedad! ¡no resisto más!

18 de septiembre.

Mariana, estoy enferma; hierven las ideas en mi cerebro; mi cabeza está febricitante; desde mi celdita oigo los aullidos de la pobre sor Agata... me parece también sentir ímpetus de aullar como ella, y arrancar como ella el estuco de las paredes...

¿Por qué me han recluido aquí? ¿qué hice? ¿qué he hecho? ¿por qué esa reja, estos velos, esos cerrojos? ¿por qué estas lúgubres plegarias, esa lámpara que despide mortecinos resplandores, esos rostros pálidos, espantados, esa obscuridad, ese silencio? ¿qué hice? ¡Dios mío! ¿qué hice?

¡Quiero irme! ¡quiero salir de aquí! ¡no quiero quedarme más! ¡quiero huir!... ¡Ayúdame! ¡ayúdame, Mariana! ¡Tengo miedo; estoy rabiosa; ansío la luz; correr.

Mariana, ¿por qué tú también me abandonas?... Di a mi padre venga a sacarme de esta tumba; dile que muero, que muero asesinada; dile que me daré la cabeza contra estas paredes... dile que seré buena, que a todos amaré, que seré una esclava en la casa, que me satisfaré con vivir en la perrera... pero lejos de aquí... Dile que no le he hecho nada... ¿por qué es

tan despiadado conmigo, él también? ¿ninguno tendrá misericordia de mí? ¿me socorrerá? ¿ninguno de esos tantos que por la calle transitan, rebosante de felicidad su corazón, pensará que, encerrada, aquí adentro, pueda haber una infeliz mujer que muere desesperada?... ¡Grita! ¡ruge conmigo! ¡implora socorro! díles a todos los que oírte puedan que me hallo aquí secuestrada por la fuerza; que nada hice; que soy una inocente víctima... que en este lugar habita la muerte... se aspiran los miasmas fétidos de los cadáveres, se oye el crujir de dientes de la local...



18 de septiembre.

¡La local! ¡la local! ¡hasta ella ansía huir, pobrecita! la tienen encerrada.... entre rejas... no puede conciliar el sueño... ni morir... en inquietud perenne, de la mañana a la noche girando sin cesar por el reducido espacio de su prisión, rabiosa, rugiente... ¡pobrecita! ¡pobrecita! ¡qué espantoso!...

¿Si me encerrarán con sor Agata? ¡qué horror! ¡qué horror! ¡¿si llegaré a perder el juicio?!...

¡Oh, Mariana! Querría precipitarme de cabeza, desde la más alta ventana... pero todas tienen rejas que me lo impiden.

¡Ah! ¡qué tortura! ¡qué suplicio! ¡ni siquiera la muerte, el suicidio, el infierno! ¿qué hice? ¿qué he hecho nunca? Soy inocente, ¡os lo juro!

¡Oyeme! no lo amaré más; me lo arrancaré del pecho... arrullaré sus criaturas... huiré distante... hagan de mí lo que les parezca... todo, todo... con tal que me saquen de este lugar.

Por otra parte, yo no comprendía lo que querían hacer de mí, cuando profesé de monja; ignoraba que debiese permanecer cautiva toda la vida... que enloquecería... que mi alma sería condenada... que pocos

días me restan de existencia... muy pocos... ¿Por qué, entonces, no me dejan morir en paz?...

24 de septiembre.

Ayer estuvo a verme el médico: ¿por qué lo llamarían? Me miraba, me miraba de un modo singular... tomóme el pulso... yo me encontraba bien; no sentía nada... hízome mil preguntas que no entendí... ¿qué quiere decir esto? ¿qué quieren de mí? me vigilan de cerca; mantiénenme separadamente... ¿qué habrá acaecido?... ¿querrán atemorizarme?...

Yo manifesté al médico que deseaba salir de este lugar; prometí ser buena, trabajar, condescender en cuanto de mí exigieran, bajo condición de sacarme de aquí. Ese buen anciano sonrióse y me prometió acceder a todo lo que solicitaba, con una complacencia que me llenaba de pavor...

¿Qué significa esto? ¿qué significa esto, Mariana?... ¡Estoy sola; me reconcentro; creo estar soñando... no sé lo que aconteció... pero debió ser algo siniestro... aterrador!...

¿Será que tengo miedo de los aullidos de sor Agata que llegan hasta aquí, provocados por uno de los accesos que a menudo atacan a la desventurada?...

Hoy me pasé todo el día observando la puerta por la cual entrara... esa puerta completamente negra con gruesos cerrojos que se abre solamente para dar paso a las víctimas y por la que no se vuelve a salir jamás... ¡y yo he entrado... por esa puerta!... ¡Era libre e independiente, fuera, y he salvado con mis pies ese umbral! ¡Ninguno me ha arrastrado, ni empujado!... ¡Cómo ha sido, Dios mío! ¿Estaría trastornada? ¿Habré sido sonámbula? ¿Allende la puerta qué existirá?... ¿Qué sensación se producirá en el alma ultrapasándola? ¡Cómo resplandecerá el cielo de luz! ¡Más allá está Nino! ¿verdad?

No permitieron me detuviera mucho tiempo contemplándola. ¿Y por qué? ¿Tal vez será esto malo también? Sacáronme de allí... Obedezco a todo lo que me ordenan... Soy dócil... tengo temor... temor de que me encierren con la loca...

Sin fecha.

¡Nino! ¡Nino! ¿dónde está Nino?... ¡deseo verlo!... ¿por qué no me lo dejan ver?... ¡quiero verlo a él solo! no veré a mi padre, a mi hermano... no veré a mi hermana...

¡Mi hermana! ¡Ella, la raptora, que me lo ha robado!... ¿por qué me lo ha robado?... ¿ignoraba acaso que él me pertenecía?... ¿por qué no podré verlo?... dile que venga... ¡que venga a libertarme!... iremos juntos a Monte Ilice... iremos a ocultarnos al castañar... solos... como las fieras... ¡dile que venga!... que venga armado con su fusil... así intimidará a mis carceleros... son mujeres... fácil será arredrarlas... él las sacrificará si acuden... me salvará... me encontrará aquí, en mi celda... yo le saltaré al cuello... ¡Ah! la monja...

¡Sí! ¡y bien, la monja se fugará!... se fugará con él... el marido de su hermana... se lo robará... Huirán lejos... ¡Caminarán sin descanso! Irán a las montañas; a los bosques... estarán cerca el uno del otro; no tendrán temor... no oirán los gritos de sor Agata... habrá estrellas, lloverá, mugirá el huracán, él golpeará sobre los vidrios... ella toserá... la nombrará dul-

cemente ¡María! ¡María!... ¿ Quién es María? Me parece haberla conocido... María... murió... fugóse... ¿dónde está? ¡Ah! ¡mi pobre cabeza! ¡Escucha, Mariana!... Ahora. es de noche... vé... todas duermen... ninguna me vera... Descenderé lenta... lentamente... atravesaré el jardín... densas sombras lo rodean... la arena de los caminos no crujirá compadecida de mí... me acercaré a la puerta... ésta, impasible, me dirá: ¡no! yo lloraré, suplicaré... me arrodillaré... expresaréle que Nino me espera, que necesita que vaya en su busca... entonces cederá la puerta, apiadada de mí... porque no es monja... y me hará pasar por la bocallave de la cerradura... me encontraré allá... donde estén el sol, el aire, la calle, la gente, él!... y a su albedrío se pueda gritar, correr, llorar, abrazar a las personas queridas... huiré, huiré... pues, si me ve sor Agata, me agarrará... iré a llamar a la puerta de él... y exclamaré: ¡heme aquí! ¡heme aquí!... y me tenderá sus brazos... ¡No! ¡esto seria mal hecho! ¡un pecado!... Diré a Judit: -yo soy tu hermana... tu infeliz hermana que ha sufrido tanto... te querían matar a tu pobre hermana; querían sepultarla viva... encerrarla con sor Agata... déjame, me convertiré en tu esclava, no lo amaré más... lo miraré tan sólo por el ojo de la llave, cuando tú estés adormecida y no

tengas necesidad de mirarlo. ¡Oh, Dios! ¡cuán feliz soy, Mariana! ¡cuán feliz, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Gracias! ¡Gracias!...

Sin fecha.

¡Socorro, socorro, Mariana! ¡socorro, padre mío! ¡Nino! ¡Nino! ¡matadlos! ¡matadlos! ¡Luis! ¡Judit! ¡socorro! ¡me agarran, me arrastran de los cabellos!... ¡socorro! ¡me golpean!... ¡Ay! ¡ay! ¡mis cabellos... mis brazos!... ¡están completamente lívidos! ¡manan sangre! ¡me llaman loca!... ¡loca!... ¡ah!... ¡sor Agata! ¡sor Agata!...

¿Qué quieren? ¿qué quieren todos éstos? ¿Por qué me agarran? ¡yo soy una inocente... no hice mal alguno... quería irme, fugarme... son los muertos... son los demonios... tengo miedo! ¡Dios me ha abandonado!... ¡no me abandones tú también!... ¡Nino! ¡Nino! ¡tú eres intrépido ven en mi ayuda!... ¡Ay de mí! ¡no tengo más fuerza!... ¡me arrastran!... ¡me arrastran!... ¿dónde? ¿dónde?... ¡Dios mío!...

¡Ah! ¡la celda de las locas! ¡la celda de sor Agata!... ¡Ah! ¡no! ¡no! ¡por piedad! ¡no estoy loca! ¡me da terror! ¡me da miedo! ¡no lo haré más!... Aquí estoy... continuaré aquí; seré buena; rogaré... ¿Qué quieren? ¿qué quieren?... ¡Llamad a mi padre, llamad a Mariana... os convencerán de que no estoy loca! ¡Ah! ¡Nino!... ¡Nino!... ¿por qué no acudes?... ¡Nino!



¡Qué aullidos! ¡rechinar de dientes! ¡cuántas lágrimas! ¡cuántos espumarajos en la boca! ¡qué de sangre!... ¡Nino! ¡auxilio! ¡Hela aquí! ¡hela aquí! ¡socorro!... ¡morderé ¡morderé! ¡soy una fiera! ¡soy una fiera!... ¡Ah!... ¡No! ¡no ¡Perdón! ¡No!... ¡Allí no!... ¡Nino!...

\*

\* \*

Estimadísima señora Mariana:

La pobre sor María, ¡Dios la haya en su santa gloria! me encargó que hiciera llegar a vuestras respetables manos el pequeño crucifijo de plata y las hojas manuscritas que os envío por intermedio de nuestro conserje.

Antes de tomar una resolución en caso de conciencia tan delicado, he dudado largamente. La última voluntad de la extinta era en verdad sagrada para mí; pero nuestra regla nos prohíbe disponer de cosa alguna, aun en caso de muerte, sin previa autorización de la madre abadesa. Confío en que el Altísimo me haya iluminado, y he aquí lo que me ha parecido mejor para mayor gloria de Dios y del prójimo.

Me he valido de un ardid para conseguir esta anuencia, que habría sido sumamente dificultoso obtener de otro modo: impuse a la madre superiora de la última voluntad de sor María y mostréle el crucifijo del que la malograda hermana había dispuesto en auto de muerte, conjuntamente con las hojas ma-

nuscritas, como si careciesen de importancia y sirvieran sólo para envolver la modesta dádiva.

Ignoro el contenido de dichas hojas. Dudo, sin embargo, que la autorización para hacerlas llegar a poder de personas extrañas, hubiese sido jamás concedida, si la extinta estuviera todavía en cama. Por otra parte, si ellas hubieran sido halladas en el convento, me permito creer que habrían podido ser piedra de escándalo, con sumo perjuicio de la memoria de la desventurada y grave condena de su alma.

La reverenda madre abadesa, tratándose de cosas nimias, acordó fácilmente el permiso, sin verse obligada a recurrir al consejo del padre capellán, lo que me proporciona la satisfacción de dar cumplimiento a mi deber, exenta de responsabilidad alguna mi conciencia.

Estimadísima señora: recibiréis el pequeño envoltorio en el mismo estado en que lo dejara esa bendita alma. Las hojas son nueve: cuatro en papel azul, dos en hojitas de carta, y las tres restantes escritas en sobres de otras epístolas, todas prolijamente numeradas; el envoltorio va liado con un cordoncito negro, y contiene:

Un pequeño crucifijo de plata.

Una guedeja de cabellos.

Algunas hojas de rosa.

Si mi pobre amiga, en sus supremos momentos, no hubiera mostrado tanto apego por esas dos o tres hojas secas, no me habría tomado la libertad de enviarle éstas, temiendo pudiese parecerle una impertinencia de parte mía. Pero la moribunda quería besarlas cuando los dolores que la consumieron se hacían más intensos, y expiró con esas hojas mustias en los labios.

¡Pobre mártir! Dios la alivie de sus penas en el Purgatorio, en recompensa de cuantas aquí abajo sufriera.

Murió como una santa. ¡Feliz de ella!

El día fatal en que por error se la creyó loca, su quebrantada salud recibió el último golpe. ¡Jesús María! ¡Estaba tan delgada, tan débil! ¡apenas se resistía y cuatro profesas no bastaron para arrastrarla hasta la celda de las locas! Me parece sentir aún en mis oídos los desesperados alaridos que no tenían nada de humano, y ver su rostro alterado por el terror e inundado de lágrimas que despedazaban el corazón... Cuando abrieron la reja, se desvaneció. Dejaronla allí, sobre el desnudo suelo... ¡Dios me perdone! pero creo que sor Agata, la desdichada lo-

ca, fue la única que se compadeció de la infeliz, pues no intentó causarle ningún mal; mirábala, sí, con sus ojos estúpidos, y se tiraba en el suelo al lado de ella, la tocaba y la sacudía como si deseara volverla a la vida. Cuando el doctor llegó, encontróla aún en ese estado; ordenó, por lo tanto, fuera trasladada a la enfermería, y como la madre superiora, en interés de la comunidad, temiese algún nuevo acceso, él la disuadió, manifestándole que su vida se extinguiría muy en breve.

Efectivamente, no vivió mucho...

La pobre enferma, volvió en sí, luego que se halló en la enfermería. No es posible imaginarse cómo despedazaba el corazón su mirada extraviada, fija en nosotras... pues ya no podía moverse, ¡infelice! Habíanse agotado sus fuerzas. Continuó tres días en agonía. No se movió, ni habló más. Permanecía como la habían acomodado en la cama, con sus ojos desmesuradamente abiertos, temblando siempre, e hipando con un ronquido afanoso en la garganta. Solamente al alba del tercer día logró hacerme entender con su mirada que quería le diera vuelta la cabeza hacia la ventana, y cuando vio el cielo, los ojos arrasáronsele en lágrimas.

¡Pobre sor María! No era sino un cadáver.

¡Sólo sus ojos fulguraban aún, sus bellos ojos! Decíame tantas cosas al mirarme, y lacerábale el dolor los últimas restos de su miserable existencia. Cuando le levanté la cabeza, miróme de tal modo, que me arrancó lágrimas. Quiso alzar el brazo para echármelo al cuello, pero faltáronle las fuerzas y suspiró: entonces toméla de la mano y ella me la estrechó, me la estrechó cual si desease hablarme.

Hacia las diez administráronle el sacramento de la Extremaunción. Se confesó con una serenidad, una fe tal, que creyérase que todos los bienaventurados ángeles del paraíso rodeaban su lecho de muerte. ¡Venturosa de ella! Permaneció así todo el día; en tanto, le rezaban las letanías. Cuando el sol declinaba a su ocaso, pareció experimentar una nueva angustia; sus lágrimas manaban tan abundantes, que una de las profesas, movida de piedad, le enjugó el rostro, pues el llanto bañaba a la desventurada, velando sus magníficos ojos. Moviéronse enseguida, sus labios como si llamase; me incliné sobre ella; hizo un esfuerzo para acercar su rostro al mío, y me susurró levemente en los oídos su postrer deseo, como un afán indecible que destrozaba el corazón... El hipo la sofocaba. Adiviné, más que entendí, lo que me dijera. Presurosa, cogí el envoltorio que me

había designado, y luego que lo vio entre mis manos, sonrióse cual lo hacen los ángeles en el Cielo... Cuando el hipo le daba tregua, repetía siempre: -¡Para él! ¡para él! ¿Estaría delirando? Quiso que la hiciese ver todo: los manuscritos, los cabellos, el crucifijo, las hojas secas, a las cuales besó, besó tanto, que algunas quedaron adheridas a sus labios después de muerta.

Luego, haciendo un esfuerzo supremo, consiguió dar vuelta apenas la cabeza y suspiró dulcemente... Pareció que se adormecía... y fue para siempre.

¡Pobre sor María!

En fin, ella se encuentra hoy entre los buenos y rogará al Señor por nosotras, míseras pecadoras, que tenemos la debilidad de llorar su muerte. Debo además agregar, a petición de la madre abadesa, y para consuelo de todos los que en vida la amaron, que sus exequias fueron conmovedoras. Más de treinta misas se celebraron en todos los altares de la iglesia en sufragio de su alma, y al entonar el *De-profundis* ardían más de cien cirios. Recomendame al Señor en vuestras oraciones y tenedme en alta estima.

G . V E R G A

Vuestra devotísima sierva,

Sor Filomena.